

Capítulo 8.

Relatos de la identidad. El genio de Navarra.

Durante la transición los debates políticos en Navarra giraron principalmente en torno al problema de su identidad. Para algunos ser navarro consistía en una manera particular de ser vasco, por lo que la provincia debía integrarse en un proyecto institucional común con las Vascongadas. Para otros Navarra constituía una unidad histórica perfectamente diferenciada de aquéllas y, por tanto, debía figurar aislada en el futuro Estado autonómico. A nivel popular a menudo la discusión se formuló como una alternativa entre si los navarros eran o no vascos.

Aunque, como veremos próximamente, el problema nunca se ha planteado en esos términos, lo cierto es que el tema de la identidad ocupa un lugar central en la cultura navarra precedente. En cierta medida puede decirse es su único argumento.

Sería tentador solicitar al pasado cercano que representa esta cultura las respuestas a los problemas del presente, desempolvar los viejos libros a fin de que ellos nos expliquen de una vez por todas quiénes son los navarros. Sin embargo nos parece dudoso que esta solución sea viable. El problema de la identidad existe en el pasado, pero se encuentra planteado en unos términos tan diferentes a los actuales que, en lugar de proporcionarnos una salida a las discusiones contemporáneas, nos exige trascenderlas, reclamando un marco diferente donde replantear el problema. En definitiva, quien solicite respuestas modernas a los viejos textos se encontrará con que éstos *solicitan* (en el sentido derrideano de conmovir desde los cimientos) las preguntas contemporáneas.

En las páginas precedentes hemos hecho uso de los términos “vasco”, “navarro” y “español” con notoria despreocupación, sin entrar a considerar si los navarros son o no vascos y/o españoles. Al proceder así no tratábamos de dar por obvio lo que de hecho es profundamente problemático, ni tratábamos tampoco de eludir la cuestión, mediante una fórmula de compromiso que satisficiera a todos¹. Lo que hemos pretendido ha sido ponerla entre paréntesis, diferirla, por medio de un uso cómodo y apolémico de las palabras. Es ahora, después de haber escuchado el tono de la cultura local, su idea de los orígenes, de la historia, de la tragedia, cuando podemos abordar el

¹ De hecho nuestro proceder corre conscientemente el riesgo de irritar a todas las partes en litigio.

tema de la identidad con unas perspectivas más amplias que las de los debates políticos contemporáneos.

Porque, en efecto, a nuestro modo de ver el problema de la identidad de Navarra excede las estrechas discusiones sobre su vasquidad o su españolidad. Ser “navarro”, ser “vasco” y ser “español” no son sino adjetivos que sólo cobran sentido merced a los atributos que se predicán de ellos. Son esos atributos lo verdaderamente importante, ya que definen qué significa ser navarro, vasco o español, es decir, en qué consiste la pertenencia a una misma colectividad de individuos desconocidos entre sí, distantes en el tiempo y en el espacio y con intereses, ideología, gustos, personalidad y formación muy dispares. Son esos atributos los que explican qué les diferencia de los demás humanos. “Ser algo” no significa nada al margen del “cómo se es”.

Las próximas páginas tienen como objeto desarrollar estas cuestiones. Para ello, y en primer lugar, examinaremos la existencia de un discurso vasquista en el navarrismo. Esta constatación nos permitirá desechar todo intento de abordar los relatos de la identidad para el período estudiado a partir de los debates contemporáneos sobre la vasquidad de los navarros. A continuación abordaremos las distintas descripciones de su carácter en la cultura local. En este epígrafe continuaremos utilizando los términos “vasco” y “navarro” como si fuesen perfectamente intercambiables. Al fin y al cabo buena parte de los textos a los que acudiremos así lo hacen y, aunque es cierto que otros no, tanto unos como otros se refieren a la forma de ser de los naturales del país. En tercer lugar, atenderemos a la heterogeneidad de Navarra, examinando cómo se ha contemplado a los habitantes de las distintas zonas de la provincia, así como la manera en que se ha concebido su diversidad. Formalmente estos epígrafes consisten en su mayor parte en simples colecciones de citas. La última sección ofrece una reflexión sobre los datos presentados a partir de su relación con las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum*.

Navarros, vascos y españoles.

Como hemos señalado, en la actualidad el problema de la identidad de Navarra se centra principalmente en las discusiones sobre su vasquidad. A este respecto, el sentimiento de pertenencia al colectivo vasco está dominado por el nacionalismo, mayoritariamente izquierdista, hasta el punto de que la combinación entre ese sentimiento, conservadurismo y españolismo se ha vuelto extraña. No obstante, esta

combinación ha sido habitual en Navarra hasta tiempos relativamente cercanos. Por este motivo, una investigación que, a la hora de estudiar el problema de la identidad de Navarra y para el período de tiempo que nos ocupa, se centrara en el dilema sobre el ser o no ser vasco de la provincia erraría ostensiblemente. El tema, aunque no puede decirse que esté completamente ausente de la cultura y la política navarras, no tiene una presencia significativa en ella.

Es cierto que hacia finales del siglo XIX es posible encontrar algunos escritos reacios a la unidad con las Vascongadas e incluso hostiles hacia ellas. Estos textos, todos ellos provenientes del campo liberal, aparecen de forma dispersa, sin constituir una corriente de opinión sólida, organizada o definida.

El testimonio más antiguo en contra de la unión con Vascongadas parece ser el folleto *Laurac-bat*² de Cayo Escudero y Marichalar. Escudero protestaba contra el lema ‘Las cuatro, una’ que se había colocado en la exposición agrícola de Pamplona de 1867. Igualmente dejaba entrever su rechazo a los proyectos de colaboración iniciados por Diputación³. Las Provincias Vascongadas, sostenía, no se podían asimilar con Navarra puesto que aquéllas habían pertenecido a Castilla y Navarra había sido un reino de por sí. En consecuencia, añadía, ‘bajo ningún concepto podemos unir nuestros fueros a los Vascos’⁴. Además, los intereses de vascos y navarros eran del todo ‘encontrados’⁵. Prueba de ello era el juego sucio de los guipuzcoanos respecto al ferrocarril de los Alduides y las dificultades que tenían los productos navarros en las Vascongadas.

Pocos años después, en 1875, otro liberal, Serafín Olave, insistía también en la oposición de intereses entre vascongados y navarros⁶. Después de 1841 estos últimos

² [Cayo, Escudero y Marichalar], *Laurac-bat*, Imp. S. Andrés, Pamplona, 1867. Debo la localización del folleto a D. Santiago Leoné y a D. Javier Jiménez. Campión trató sobre el mismo en el ‘Prólogo’, a las *Obras de Juan Iturralde y Suit*, vol. I, *op. cit.*, pp. LXV y ss. Según afirma la unidad vasca era ‘profundamente antipática a muchos’, (p. LXV) en 1867. Pueden encontrarse algunas consideraciones en torno al folleto de Escudero en Ignacio Olábarri Gortazar, ‘Notas en torno al problema de la conciencia colectiva de los navarros en el XIX’, en *Congreso de Historia de Euskal Herria*, tomo V, Servicio Central de Pub. del Gobierno Vasco, Gasteiz, 1988.

³ *Proyectos sometidos por la Diputación de Navarra las de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa*, Imp. Provincial bajo la dirección de J. F. Cancela, Pamplona, 1866. Acerca de estos proyectos puede verse el trabajo de S. Martínez Beloqui, ‘Las relaciones entre la diputación navarra y las Provincias Vascongadas en 1866’, en *Eusko Ikaskuntzaren IX. Kongreso. Gaurko Euskal Gizartearen sorburu hurbilak XVIII-XIX Mendeak*, Eusko Ikaskuntza, Donostia, 1984. Las críticas de Escudero provocaron la respuesta de Diputación, defendiendo los proyectos y el *Laurak bat*. Según señalaba, ‘el origen, el idioma, la historia, la tradición y hasta su régimen administrativo hace de las Provincias Vascongadas y Navarra, no sólo provincias hermanas, sino provincias gemelas’. Cfr. *La Diputación de Navarra á su país*, alocución firmada el 15 de julio de 1867. Se encuentra en la Caja 2382 (1851-1875) del Archivo Administrativo de Navarra, Carpeta Laurak Bat. La caja recoge las adhesiones a diputación por estos proyectos de los ayuntamientos de Enériz, Ujué, Añorbe, Lacunza, Piedramillera, Los Arcos, Lerín, Cascante y Goizueta.

⁴ [C. Escudero], *op. cit.*, p. 4.

⁵ *Ibidem*, p. 5.

⁶ S. Olave, *Reseña histórica y análisis comparativo*, *op. cit.*, p. 249.

habían adecuado sus fueros a las exigencias constitucionales, de forma que apenas se diferenciaban de los demás españoles. Mientras, “contra todo derecho”⁷, las Provincias Vascongadas,

“[...] se han mantenido hasta hoy en el goce de los verdaderos privilegios, muy onerosos para el resto de España, incluso la Navarra, pues ni pagan contribuciones, ni dan soldados, ni dejan de utilizarse de todas las ventajas de los servicios públicos oficiales.”⁸

Un tercer testimonio de antivasquismo vino propiciado por el cierre en agosto de 1886 del diario *Lau-Buru* y la subsiguiente publicación en *El Liberal Navarro* de algunos artículos analizando el ideario euskaro. A decir de este medio, los euskaros, asociados en principio en la mera defensa de la lengua vasca,

“Se convirtieron en políticos y comenzaron a hablar de la patria euskara, y con absoluto desprecio de la historia, de la legislación, de las costumbres, del clima, de las producciones y de todo, supusieron una patria común las tres provincias vascongadas y Navarra, haciendo caso omiso de la Rioja, del Alto Aragón y de la parte septentrional del Pirineo hoy francesa y hace tres siglos Navarra [...]”⁹

Según el diario liberal la propuesta había sido muy poco popular en Navarra, y se preguntaban al respecto:

“¿Porqué [sic] sólo quería unirse a las provincias vascongadas, cuando éstas hace seis siglos se separaron de nosotros, nos han hecho muchas veces la guerra, han sido siempre el mejor baluarte del poder castellano contra el navarro y ostentan timbres que llaman glorioso, en desdoro de los navarros? Por similitud de lenguaje? Esto no es absolutamente cierto, pues la mayor parte de Navarra ha usado desde siempre una lengua arromanzada, derivada del latín, tan antigua como la castellana, con la que se ha fundido.”¹⁰

⁷ *Ibidem*, p. 255.

⁸ *Ibidem*, pp. 252-253

⁹ “El Lau-Buru”, en *El Liberal Navarro*, 22-VIII-1886.

¹⁰ *Ibidem*.

Los demás argumentos de *El Liberal Navarro* venían a coincidir con los de Escudero y Marichalar: Navarra había sido un reino independiente, las Vascongadas meras provincias de Castilla.

No conviene sobredimensionar estas muestras de antivasquismo. En primer lugar, porque no tienen demasiados equivalentes para el período que nos ocupa. Y en segundo lugar, porque no parecen haber jugado un papel de peso en la gestación del navarrismo.

De hecho, el vasquismo, o al menos la comprensión vasca de la identidad navarra, ha sido la tónica habitual del regionalismo conservador españolista. Y así las figuras más importantes del navarrismo expresaron opiniones abiertamente vasquistas.

El caso del director del *Diario de Navarra*, Raimundo García “Garcilaso”, ha sido objeto de investigación por parte de Fernández Viguera¹¹. Todavía en 1918, “Garcilaso” declara que “Jaungoikoa eta lege zarra son dos afirmaciones que me obligan a descubrirme”¹². Ese mismo año llega al extremo de censurar a Diputación, “la más alta gerarquía [sic] de la Euskal Erría”¹³, su inasistencia al Congreso de *Eusko Ikaskuntza* de Oñate.

La opinión del director parece ser extensible a todo el periódico. Así, dos años más tarde, con motivo del Congreso de Pamplona, el *Diario* hacía alarde de sus sentimientos vascófilos. En su saludo a los participantes, el editorial del 18 de julio afirmaba:

‘Los navarros tenemos el deber y el derecho de colaborar en esta obra de una manera muy principal, porque nuestra tierra fue la tierra de los baskos, porque de esta tierra nuestra se nutrió y en ella creció y de ella se propagó la vieja raza euskalduna.’¹⁴

¹¹ Silvia Fernández Viguera, “Ideología de Raimundo García “Garcilaso” en torno al tema foral. Su evolución: 1903-1931”, en *Príncipe de Viana*, Anejo 5 al I Congreso Historia de Navarra, 1986. De la misma autora “La ideología Social y Política de Raimundo García “Garcilaso” (1903-1929)”, en *Príncipe de Viana*, nº 189, 1990.

¹² Garcilaso, “A un colega”, en *D. N.*, 7-III-1918.

¹³ “El Congreso de Estudios Vascos”, en *D. N.*, 13-IX -1918. El corchete es mío.

¹⁴ “Saludo”, en *D. N.*, 18-VII-1920. Extraordinario sobre el Congreso de Estudios Vascos.

Todavía más llamativa resulta la portada del 25 de julio, día en que visitaba Pamplona el rey Alfonso XIII: “Euskalerría-España-El Rey”¹⁵. El titular del día 27 proclamaba abiertamente: “Por Euskalerría y por España”¹⁶.

Eladio Esparza pasó de dirigir el diario nacionalista *La Voz de Navarra* en los años veinte a subdirigir el *Diario de Navarra* a partir de los treinta. Su desencanto del nacionalismo no estuvo acompañado por una pérdida del sentimiento vasco. Este hecho aparece con claridad en su novela *La Dama del Lebril Blanco*¹⁷, de 1930. Sus protagonistas se declaran “navarros del país del Bidasoa, vascos de raza y de sentimiento”¹⁸. Más adelante, cuando un personaje les pregunta: “¿Pero ustedes son nacionalistas caracterizados?”¹⁹, ellos responden:

“No, nosotros somos vascos, quizás los únicos vascos puros de toda Vasconia. Pero no somos políticos. Políticamente Vasconia no ha sido nunca nación y hoy menos que nunca. Pero a nosotros eso nada nos importa. Lo esencial es ser vasco, bien dentro de España, como nosotros, bien dentro de Francia, como los ultrapirenaicos.”²⁰

Más adelante intentan convencer a un grupo de labriegos navarros de que “nuestra tierra ha sido tierra de los vascos y todos nosotros somos vascos de España”²¹.

Esparza expresó opiniones similares en las columnas del *Diario de Navarra*. “Los navarros”, declaró rotundamente en 1931, “somos vascos porque en esa raza nos forjó la naturaleza”²². Este punto de vista se mantuvo incluso después de su rechazo al Estatuto, en 1934²³.

¹⁵ Cfr. *D. N.*, 25-VII-1920.

¹⁶ Cfr. *D. N.*, 27-VII-1920. El propio vicepresidente de la Diputación se refiere repetidamente en su discurso ante el monarca a “la afirmación robusta de la personalidad del País Vasco Navarro”. Cfr. “Discurso del señor Presidente de la Diputación de Navarra”, en *D. N.*, 27-VII-1920. También Alfonso XIII emplea esta fórmula. Cfr. “Discurso leído por S. M. EL REY”, en *D. N.*, 27-VII-1920.

¹⁷ E. Esparza, *La Dama del Lebril Blanco*, *op. cit.*

¹⁸ *Ibidem*, p. 25.

¹⁹ *Ibidem*, p. 197.

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*, p. 259.

²² E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 19-VII-1931. Añade punto y seguido: “Pero la aspiración a ser cada vez más navarros, ¿implica la desaparición de los elementos raciales?”

²³ Cfr. E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 7-IX-1934, donde se refiere a “hosotros los vascos”.

Otra muestra del vasquismo navarrista nos la proporciona Tomás Domínguez Arévalo, Conde de Rodezno. Éste, en su trabajo sobre los Teobaldos, declara que las Vascongadas son ‘regiones hermanas y ligadas a nuestro reino por unidad de raza, lengua, territorio y tradición’²⁴. Más explícitamente todavía, en la elogiosa semblanza que dedicó a Campión, se refirió al ‘pueblo navarro y los demás países euskaros españoles’²⁵.

Otros importantes navarristas expresaron puntos de vista parecidos que incluían a Navarra dentro de Vasconia o Euskal Herria. Así cabe citar a Esteban y Chavarría²⁶; Onofre Larumbe²⁷; Joaquín Beunza²⁸; Luis Oroz²⁹; Alberto Pelárea³⁰; José M^a de Huarte³¹; Baldomero Barón³² y José Ramón Castro³³. A este respecto es necesario recordar cómo muchos navarristas formaron parte de la Sociedad de Estudios Vascos, institución que abiertamente consideraba a Navarra parte del País Vasco. Entre ellos podemos mencionar a José M^a Lacarra, Luis Oroz, José M^a de Huarte, Ignacio Baleztena, Joaquín Beunza, Alejo Eleta, Serapio Huici, Francisco Javier Arraiza Baleztena, Víctor Pradera, Francisco Salinas, Julio Ruiz de Alda, José Luis Arrese, Rafael Aizpún y Justo Garrán³⁴.

²⁴ T. Domínguez Arévalo, *Los Teobaldos de Navarra*, op. cit., p. 31.

²⁵ T. Domínguez Arévalo, “Arturo Campión. Semblanza literaria”, en *D. N.*, 24-I-1912.

²⁶ Juan P. Esteban y Chavarría, “El congreso de Estudios vascos y la verdadera personalidad de Navarra”, en *La Avalancha*, n° 607, 1920, p. 154: “la identidad de raza de los vasconavarros aparecerá como indiscutible”.

²⁷ Onofre Larumbe, “San Miguel de Izaga”, en *B. C. M. H. A. N.*, 1924, p. 123: “esta hermosa Euskalerría de nuestros amores”.

²⁸ *D. N.*, 10-III-1927. “Conferencia del Sr. Beunza”, en el Ateneo Guipuzcoano. “Nosotros, los vascos, somos más antiguos, porque nosotros no datamos”.

²⁹ L. Oroz, *Legislación administrativa*, op. cit., p. 19: “los navarros y nuestros hermanos vascongados”.

³⁰ Así, el lema con el que presentó su poema “Navarra” rezaba: “*Abertzalia ixan biar da, jil arte!*” (Hay que ser patriota hasta la muerte). Recogido en la información sobre los “Juegos Florales”, en *D. N.*, 22-IX-1918. También es notoriamente vasquista el ambiente de su poema dramático *San Miguel de Aralar*, Imp. García Enciso, Pamplona, 1925.

³¹ La inclusión de Navarra dentro del País Vasco es clara en su estudio sobre “Juan de Anchieta. Sus retablos y los de sus discípulos”, publicado en *Euskalerríaren Alde*, tomo XV, 1925.

³² B. Barón Rada, “Donostiarras y Pamplónicas” en *Navarra en Guipúzcoa*, n° 3, 1935. Pregunta a navarros y guipuzcoanos: “¿no somos hijos de una misma raza?, ¿no somos brotes del mismo árbol de la estirpe vasca?”. El ambiente euskaldun de su obra “Hogar Navarro” es también manifiesto (cfr. Baldomero Barón Rada, “Romedobal”, “Hogar Navarro”, en *Con permiso. Diálogo de actualidad en verso*, Imp. de J. García, Pamplona, 1927). En su colección de versos *Desahogos poéticos* identifica a los “bravos navarricos” con los “queridos abertzales”. Cfr. *Desahogos poéticos*, ¿Pamplona?, 1925, p. 81.

³³ J. R. Castro, “La pintura en Navarra en el siglo XVI”, en *R. I. E. V.*, tomo XXV, 1934. Llama “nuestro país” al vasco.

³⁴ Cfr. Idoia Estornés Zubizarreta, *La Sociedad de Estudios Vascos. Aportación de Eusko Ikaskuntza a la Cultura Vasca (1918-1936)*, Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1983, pp. 60 y ss.

Es cierto que pese a este vasquismo el navarrismo impulsó en 1932 una campaña contraria a un estatuto vasconavarro. Esta campaña se vio coronada con el voto negativo del 46% de los ayuntamientos navarros en la Asamblea de Pamplona de junio del 1932. A la hora de enjuiciar esta postura conviene tener presente en primer lugar que la derecha españolista no mantuvo una opinión homogénea al respecto. Importantes personalidades dentro del navarrismo apoyaron al Estatuto, si bien expresaron algunos reparos sobre su redacción. Entre ellos cabe citar a José Cabezudo, Miguel Gortari, Rafael Aizpún y Luis Oroz. En realidad, ésta parece haber sido la tónica dominante en la derecha navarra hasta que, en diciembre de 1931, la aprobación de la Constitución republicana coartó su interés por deslindarse de la agitada política nacional³⁵.

Con todo, incluso después de esa fecha los destacados diputados conservadores Rafael Aizpún y Gortari continuaron apoyando el sí al Estatuto hasta la Asamblea de junio³⁶. Bien es cierto que le ponían varios reparos. En primer lugar veían en él cierta tendencia separatista. Con todo, añadían, si depender de la política vasca, viciada por el nacionalismo, es peligroso, más lo es depender de la política estatal. En segundo lugar, mostraban su preocupación por las posibles repercusiones tributarias del Estatuto. Y, en tercer lugar, señalaban que ‘no es nuestra tradición ni nuestra historia’³⁷. En su favor declaraban el Estatuto que constituía un buen ‘instrumento’³⁸ para conservar la tradición de Navarra y que ésta recobraría muchas facultades administrativas si era aprobado.

La actitud del carlismo ante el Estatuto es compleja y poco clara. Del inicial apoyo a los proyectos autonomistas, los carlistas pasaron a abstenerse de su redacción y a dar libertad de voto a sus afiliados. Con todo, la Comución tradicionalista decía querer ‘para Euskalerría la máxima conquista en materia de reintegración foral’³⁹. Además su crítica no se refería a la inclusión de Navarra sino hacia todo el Estatuto por colocarse al abrigo de una ‘constitución sectaria’⁴⁰. El proyecto de las gestoras, decían en una nota de 1932, aunque puede proporcionar algunas ventajas autonómicas ‘no se aviene con el espíritu de nuestro régimen foral sino antes bien en muchas partes lo olvida y

³⁵ Altaffaylla Kultur Taldea, *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Altaffaylla Kultur Taldea, Tafalla, 1986, tomo I, p. 29.

³⁶ ‘Un escrito de los diputados Sres. Aizpún y Gortari acerca del Estatuto vasco navarro’, en *D. N.*, 12-VI-1932, p. 1.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ ‘Ante el Estatuto’, en *E. P. N.*, 27-I-1932, p. 1.

⁴⁰ ‘Ante el Estatuto’, en *E. P. N.*, 16-I-1932, p. 1.

contradice”⁴¹. Con todo, los carlistas continuaron entonando el “*Gernikako arbola*” - canción de claro contenido panvasquista- durante sus mítines⁴².

A esto se añade que algunos de los más destacados líderes carlistas mantuvieron el apoyo al Estatuto. Este es el caso de Joaquín Beunza, jefe de la minoría vasconavarra, que llegó al extremo de renunciar a su acta de diputado cuando Navarra votó en contra⁴³.

Otros, como Tomás Domínguez Arévalo, se opusieron al proyecto estatutario. No obstante su negativa no vino motivada por argumentos antivasquistas. El Conde de Rodezno admitía que el Estatuto traería “una suma considerable de facultades político-administrativas”⁴⁴ para Navarra, “un incremento estimable de las aspiraciones autonómicas”⁴⁵, pero temía también que el proyecto fuese recortado por las Cortes españolas. Domínguez Arévalo se mostraba más proclive a otras soluciones como el Estatuto Navarro o la reintegración foral sin estatuto, dado que el vasconavarro tenía un aire separatista. A ello había que sumar que “no encaja en nuestra tradición histórica ni por consiguiente en la pura doctrina foral”⁴⁶. Sin embargo, Rodezno, “Garcilaso”, Aizpún, Gortari y los demás diputados vasconavarros de las mayorías, enviaban en enero de 1932 un telegrama al Papa, con motivo de la disolución de la compañía de Jesús en España, en donde se autodenominaban “legítimos representantes del País Vasco”⁴⁷.

Según Jaime del Burgo⁴⁸, el peso de la campaña contra el Estatuto de Estella recayó en Raimundo García, “Garcilaso” y Eladio Esparza. A nuestro modo de ver la participación de “Garcilaso”, por aquellas fechas residente en Madrid, es mucho menos clara que la de Esparza. “Garcilaso” apenas firmó en esta época artículos sobre política local, si bien es más que plausible su influencia en la política editorial e informativa del periódico. Por el contrario creemos que hay que destacar el peso de Víctor Pradera en la formación de una opinión antiestatutaria

⁴¹ “Nota de la Comunión Tradicionalista”, en *E. P. N.*, 25-V-1932, p. 1.

⁴² Cfr. la “Inauguración de Círculo Carlista de Leiza”, en *D. N.*, 8-VIII-1933, p. 5.

⁴³ “D. Joaquín Beunza renuncia a su acta”, en *D. N.*, 24-VI-1932.

⁴⁴ “Unas cuartillas del diputado a Cortes Sr. Domínguez Arévalo”, 17-VI-1932, p. 1.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ *Ibidem*.

⁴⁷ En la misma línea, el llamamiento a favor de las candidaturas antirrevolucionarias, que engloba a toda la derecha navarra no nacionalista, se dirige a las cuatro provincias (Cfr. *E. P. N.*, 2-II-1936).

⁴⁸ J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 626.

En lo que se refiere a Esparza hay que subrayar que su oposición a un Estatuto conjunto para las cuatro provincias no significa que fuera contrario a su unidad. De hecho, en agosto de 1932, formulaba su propuesta política en los siguientes términos:

“Navarra con su Estatuto, sacado de su médula foral; Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, también cada una con el suyo. Y después, obtenidos sus reconocimientos por el Estado, ante la mutua solidaridad y la mutua y cordial insistencia, podían en uso de sus francas libertades, concertar una federación, una hermandad, una mancomunidad [...]. Así llegábamos a la meta, sin perder la integridad de cada una de las regiones.”⁴⁹

Tras la Asamblea de junio del 32, Esparza se mostró visiblemente molesto ante las declaraciones del nacionalismo en torno a la necesidad de conquistar Navarra. “A Navarra”, escribía indignado, “en este asunto se le ha tratado como una colonia”⁵⁰. Ello no le impidió continuar defendiendo, al menos nominalmente, puntos de vista vascofilos. Así en octubre de 1932 matizaba que su oposición al Estatuto:

“[...] no es un atentado a la raza ni al idioma ni a la reivindicación foral vasca. Ni es un obstáculo para las deseadas y necesarias relaciones vinculares del grupo étnico que se situó en nuestro territorio. Diferenciar nuestro derecho de los vascongados no constituye pecado alguno ni claudicación alguna en lo que se quiere, se siente y se anhela para la totalidad de la familia”⁵¹

La posición de Esparza, contraria a un Estatuto conjunto pero favorable a estrechar los lazos con “el resto de la familia”, puede extenderse al *Diario de Navarra*. Hacia 1932, a la vez que afirmaba que “ese Estatuto destruye la personalidad histórico-jurídica de Navarra” y que “Euzkadi no es Navarra”⁵², el *Diario* utilizaba en sus suplementos símbolos vasquistas como *lauburus* y cruces gamadas⁵³. Pero mucho más

⁴⁹ E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 1-VIII-1931, p.1. Cfr. E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 9-IV-1932, p.1: “Yo entendía por vasquismo el deseo, el afán, el gusto de reintegrarnos a lo vasco, de hacernos vascos, si no lo fuimos, y de volver a hacernos, si dejamos de serlo, o sea, de cobrar o recobrar una especial fisonomía que, por vínculos de sangre, es nuestra”.

⁵⁰ E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 24-IX-1932, p.1. Cfr. E. Esparza, “Postales”, en *D. N.*, 31-VII-1932, p. 1: “¿pues qué somos una tribu de esquimales para que nos conquisten?”.

⁵¹ E. Esparza, “Amor y diferencia”, en *D. N.*, 25-IX-1932, p. 1.

⁵² “Lo que dicen los Anales de Navarra”, en *D. N.*, 16-VI-1932, p. 1.

⁵³ Cfr. el suplemento “Catolicismo” de julio de 1932. Idem el “ Vasconia Renacentista” de 25-II-1932.

relevantes que esto son sus editoriales con motivo de la Asamblea de Pamplona. El día 18, la víspera de la reunión, sostenía que su actitud había sido siempre la defensa de los fueros y de España,

‘Pero siempre también, ¡siempre!, y podríamos llenar diez periódicos con textos sacados de nuestra colección, hemos defendido y seguiremos defendiendo con el mismo entusiasmo, con el mismo ardimiento, con el máximo amor, la Unidad cordial, la Unidad fraternal, que vale más que la Unidad política, con nuestros hermanos de las Provincias Vascongadas. ¡La fraternidad amorosa y alegre en Euskal Erría! [...] Esa fue y será siempre, siempre, la actitud de DIARIO DE NAVARRA.’⁵⁴

El mismo día de la Asamblea una editorial del *Diario* daba la bienvenida a los alcaldes vascongados llamándoles ‘hermanos’⁵⁵. Podría argüirse que estas declaraciones tenían sólo como objetivo atraerse el voto vasquista. Sin embargo, incluso después de la Asamblea el *Diario* declaraba a los representantes vascongados ‘que una discrepancia formal en materia política no amengua el amor fraternal a nuestros hermanos en Euskal Erría’⁵⁶.

Víctor Pradera compartía con Esparza un marcado sentimiento identitario vasco con el rechazo al unionismo nacionalista. Pradera había alardeado de su calidad de vasco en muchas ocasiones y habitualmente se refería a Navarra como parte de Vasconia. En consecuencia su ataque al Estatuto no venía en absoluto dado por el antivasquismo, sino porque temía la desaparición de las regiones históricas vascas y veía en aquél el caballo de Troya del nacionalismo⁵⁷. En particular Pradera negaba la existencia histórica de una unidad vasca hasta su unificación en España. ‘La única

⁵⁴ ‘La Actitud de siempre’, en *D. N.*, 18-VI-1932, p. 1. Mayúsculas suyas. Cfr. con el testimonio de Azaña acerca de una entrevista que sostuvo con Raimundo García, ‘Garcilaso’. El político republicano dice del periodista navarro: ‘habla por los codos, con cierta incoherencia, durante dos horas. Yo estoy un poco mareado. Me describe la política de Navarra. Es católico, adversario de la República. Su gran enemigo, los bizcaitarras. [...] El más grave error político sería favorecer la unidad política de las Vascongadas y Navarra. Entonces el nacionalismo sería peligroso. A eso tiende el Estatuto de Estella. Califica de filibustera a la Sociedad de Estudios Vascos. [...] El aldeano navarro está tranquilo, siempre que no le quiten su caserío.’ (M. Azaña, *op. cit.*, tomo I, pp. 131-132).

⁵⁵ ‘Nuestro saludo’, en *D. N.*, 19-VI-1932, p.1: ‘Reciban todos ellos [...] la cordial bienvenida de quienes se sienten hermanos por vínculos estrechos que han forjado la raza, la geografía y la secular convivencia [...].’

⁵⁶ ‘La Asamblea del domingo’, en *D. N.*, 21-VI-1932, p. 1.

⁵⁷ V. Pradera, *Obra completa, op. cit.*, tomo I, p. 312. ‘Entre los señores de la minoría regionalista podrá haber alguien que ame tanto como yo a Vasconia; más que yo, no; y ello con una ventaja para mí: que yo amo a Vasconia tal y como ella es, que yo amo a Vasconia en su personalidad histórica cierta, y ellos no; la aman con un amor ideológico, con un amor condicional, habiendo forjado un ente de razón al cual llaman Euzkadi, ese monstruoso Euzkadi que no ha sido jamás nuestra querida Euskaria.’

verdad es ésta: no fuimos pueblo hasta que nos hemos echado en los brazos amorosos de España”⁵⁸. Por eso, añadía, el “monstruoso Euzkadi” es “de ayer” y “no responde a un hecho histórico”⁵⁹. Detrás de los afanes unificadores de los “bizcaitarras” se escondía una maniobra de la oligarquía bilbaína para asimilar Vasconia a Vizcaya⁶⁰.

El documento publicado por la minoría católica fuerista del Ayuntamiento de Pamplona es también de gran interés para conocer qué les llevó a votar en contra del Estatuto de Estella⁶¹. Los concejales recordaban que el proyecto estatutario debería ser sancionado por las Cortes y que, por tanto, existía el peligro de que fuera modificado arbitrariamente. Además, el Estatuto podía llevar en la práctica a una renuncia tácita de los derechos forales históricos. En tercer lugar, advertían que tenía unos costes económicos demasiado elevados. Por último, achacaban al Estatuto un aire nacionalista, contrario a la unidad de España. En concreto, los concejales rechazaban la utilización del neologismo “Euzkadi”:

‘[...] en modo alguno podemos admitir, la denominación en lengua vasca del País Vasco-Navarro. Bien está que se le llame Euskalerría o Vasconia pero no Euzkadi, el monstruo de siete cabezas que aparece tras de triple decapitación.’⁶²

Con todo, los concejales no se cerraban ante una futura incorporación, finalizando su manifiesto con una llamada a la prudencia: “visto el resultado”, escribían, “adoptaremos la posición más conveniente”⁶³.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 334.

⁵⁹ Víctor Pradera, *Regionalismo y Nacionalismo*, *op. cit.*, p. 42.

⁶⁰ V. Pradera, *Obra completa*, *op. cit.*, tomo I, p. 322. En otra ocasión Pradera afirmó que del Estatuto, sin Dios ni Fueros, sólo quedaba ‘lo que no es ni Dios ni Fueros, ¡Euzkadi! La miserable intrusa que ha dividido irremediablemente a los vascos’. (Víctor Pradera, ‘Carta abierta’, en *D. N.*, 16-VI-1932, p. 1). El temor a que Navarra quede subordinada a la oligarquía vizcaína aparece con cierta frecuencia. Además del caso de Pradera cabe citar al Marqués de Feria (‘¡Alerta, Navarros!’; en *D. N.*, 15-VI-1932) para quien el Estatuto combinaba su afinidad con una constitución antirreligiosa y hostil a la propiedad, con el riesgo de que Navarra se convirtiera en una provincia de segunda sujeta a Vizcaya.

⁶¹ ‘Un hermoso documento de la minoría católico-fuerista’, en *D. N.*, 18-VI-1932.

⁶² *Ibidem*, p. 1. Arturo Campión se mostró también contrario al nombre de “Euzkadi”, postulando el tradicional de ‘Euskal Erría’. Campión opina que ‘para el habitante de las merindades de Olite y de Estella, por ejemplo, tan extraño será Euskal-Erria como Euzkadi [...]’ (Arturo Campión, ‘Sobre el nuevo bautizo del País Basko’, en *R. I. E. V.*, tomo I, 1907, p. 152). A decir de Campión, ‘táchase de ‘anti-vasco’ el nombre de Euskal Erria ‘porque sirve para separar y para alejar unos de otros, a los hijos de la raza vasca’ y todo porque los baskos que hablan vascuence no llaman Euskal Erria sino al país donde se habla baskuence’ (*Ibidem* p. 152). Por su parte entiende por ‘Euskal Erría’ aquella zona donde se habla o donde se habló el vascuence. Por sorprendente que hoy parezca algunos nacionalistas se posicionaron en contra del término de ‘Euskal Erría’. Así Gurbindo [pseud. de José Aguerre] escribe en 1931: ‘Ni Euskalerría, ni Vasconia, ni Euskeria, son, ciertamente, Euzkadi’. Sólo este último nombre ‘representa el tesón de la raza en forjar su futuro’ (Gurbindo, ‘Gora Euzkadi’, *op. cit.*, p. 1).

⁶³ *Ibidem*.

Otro de los más firmes adversarios del Estatuto, José Esteban Uranga, mostraba puntos de vista muy similares a los de Esparza y Pradera. Según declaraba:

“Yo combatí una faceta del Estatuto Vasco; pero no combatí, sino al contrario defendí la unión con las provincias vascas, cosa distinta del Estatuto Vasco, la unión conservando cada provincia sus prerrogativas, la unión que no sea la absorción inherente a la creación del Estatuto Vasco [...]”⁶⁴

Similarmente, la crítica de Hilario Yaben se refería a problemas económicos, educativos y religiosos y no a problemas identitarios. A diferencia de Pradera, Yaben creía en la existencia ‘hasta final del siglo XII’ de “ Euskalerría como unidad política”, ‘esa unidad’, continuaba, ‘era el reino de Navarra’⁶⁵. Desde la Edad Media cada territorio había tenido una historia distinta y Navarra partía de una situación legislativa muy diferente a la de sus ‘hermanas’⁶⁶. La unión, por prematura, podía tener efectos contraproducentes, fomentando la desunión. Además, Yaben se mostraba especialmente preocupado por la suerte de Navarra si, una vez incorporada, decidía separarse del Estado Vasco. El artículo 9 del Estatuto aseguraba que volvería a la situación previa, pero el artículo 22 de la Constitución señalaba que, caso de separarse una provincia de una comunidad autónoma, volvería al estatuto general de las demás provincias. ¿No significaba eso que los fueros de Navarra quedarían completamente anulados?⁶⁷

Otro de los más decididos oponentes del Estatuto vasconavarro, Juan P. Esteban y Chavarría, se confesaba ‘enamorado de la unión con las hermanas Vascongadas’⁶⁸. Por ello su defensa de un Estatuto uniprovincial no era ‘por desamor a Vasconia, que mucho quiero, sino porque el amor a Navarra me lleva a desearla actuando en la vida nacional tal como nos la han transmitido la tradición y la historia’⁶⁹. Algo similar sucedía con Arvizu y Aguado cuyo rechazo a la unidad política vasca era ‘sin mengua

⁶⁴ ‘Una carta del Sr. Uranga’, en *D. N.*, 5-VIII-1931, p. 1.

⁶⁵ Hilario Yaben, ‘Insistiendo’, en *D. N.*, 6-VIII-1931, p. 1.

⁶⁶ Hilario Yaben, ‘Observaciones sobre el Estatuto’, en *D. N.*, 17-VI-1932, p. 4. Cfr. H. Yaben, *Los contratos matrimoniales*, *op. cit.*, pp. 9 y 205, donde vincula a Navarra y Vascongadas.

⁶⁷ H. Yaben, ‘Observaciones sobre el Estatuto’, *op. cit.* Cfr. H. Yaben, ‘El Estatuto y el momento actual’, en *D. N.*, 10-VI-1932.

⁶⁸ Juan P. Esteban y Chavarría, ‘Por la autonomía regional’, en *La Avalancha*, nº 891, 1932, p. 130. Cfr: ‘Todos vemos con satisfacción que Navarra y Vascongadas son dos regiones hermanas cada vez más unidas por los lazos de la fraternidad y la simpatía’ (*Ibidem*).

⁶⁹ Juan P. Esteban y Chavarría, ‘Nuestro Estatuto’, en *La Avalancha*, nº 875, 1931, p. 259.

del sincero, entrañable afecto que por afinidades de raza, identidad de creencias religiosas y convivencia histórica, que une a Navarra con las Vascongadas”⁷⁰.

Algunos de los argumentos de Justo Garrán contra el Estatuto recuerdan en mayor medida al navarrismo contemporáneo. Así, junto a su teoría de que el Estatuto “condescendía con la política sectaria de la república vigente”⁷¹, marginaba el tema de la reintegración foral plena y admitía el sufragio universal, añadía que “el régimen interprovincial deja de ser paccionado y revocable para tronarse en una imposición de ese País Vasco al cual no pertenece sino una parte de Navarra”⁷². Sin embargo, Garrán incluía aprobadoramente en uno de sus apéndices la letra del “*Gernikako arbola*” de Iparragirre.

Este vasquismo españolista no desapareció ni siquiera en 1936, si bien es posible que perdiera terreno. Todavía en marzo de 1936 la propia Diputación Foral de Navarra, dominada por el navarrismo, enviaba un telegrama a la Gestora de Vizcaya haciendo votos “porque existan íntimas relaciones entre los representantes provinciales de las cuatro provincias vasco-navarras”⁷³. Otra muestra de esta persistencia es la obra de Manuel Iribarren Paternáin, quien, examinando hacia 1939 el comportamiento durante la Guerra Civil del “extraviado país vasco”⁷⁴, advertía “que también los navarros somos vascos”⁷⁵. Igualmente en *Navarra. Ensayo de biografía*⁷⁶ engloba repetidamente a Navarra dentro del País Vasco. Similarmente, otro libro escrito por los vencedores de la contienda, *Navarra* de Federico García Sanchiz⁷⁷, identificaba con naturalidad a navarros y vascos.

A estos testimonios hay que sumar los de José M^a Iribarren⁷⁸, Julio Gúrpide⁷⁹, Fermín García Ezpeleta⁸⁰, Luis del Campo⁸¹, José Joaquín Montoro⁸², Francisco Salinas

⁷⁰ F. J. Arvizu, *op. cit.*, p. 115.

⁷¹ J. Garrán, *El sistema foral, op. cit.*, p. 112. Respecto a la situación política de 1935 Garrán escribía: “cuando España sufre los daños y peligros de una política extraviada”, Navarra y las Vascongadas son de nuevo “aquél oasis que señaló e ilustró Juan Mañé y Flaquer” (*Ibidem*, p. 283). Si bien “el área del oasis se restringe cada vez más” (*Ibidem*).

⁷² *Ibidem*, pp. 111-112.

⁷³ “Notas de la región”, *E. P. N.*, 19-III-1936, p. 6.

⁷⁴ Manuel Iribarren, *Una perspectiva de la Guerra en España, op. cit.*, p. 91.

⁷⁵ *Ibidem*.

⁷⁶ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 28, 52, etc.

⁷⁷ F. García Sanchiz, *Navarra, op. cit.*

⁷⁸ Cfr. J. M. Iribarren, *Vocabulario navarro, op. cit.*, p. 229. Da la siguiente definición del vocablo “Euskalerría”: “Nombre que dan al País Vasco, es decir, a Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra en España y Laburdi, Benabarre y Zuberoa en el país vasco-francés.”

Quijada⁸³, Francisco López Sanz⁸⁴ y José Javier Uranga Santesteban⁸⁵, quienes incluyeron, de una u otra manera, a los navarros entre los vascos.

Incluso dentro del navarrismo contemporáneo, la figura de Jaime Ignacio del Burgo, sin llegar a incluir a Navarra dentro de Euskal Herria, ha subrayado la importancia de lo vasco como “consustancial con lo navarro”⁸⁶. Según declaraba en 1977, “para un navarro la negación de lo vasco supone ignorar nuestras raíces más profundas”⁸⁷.

El genio de los navarros.

Si el problema de la identidad vasca de Navarra no está presente en la cultura local, ¿acerca de qué tratan sus relatos de la identidad? Principalmente acerca de cómo son los navarros, de cuál es su forma de ser.

Aunque existen algunas descripciones de algún interés cuando menos desde el siglo XII⁸⁸, para el período que nos ocupa el texto más influyente en la cultura navarra

⁷⁹ Cfr. J. Gúrpide, *Geografía e Historia, op. cit.*, p. 24, donde dice que el Santuario de Aralar, “hervio de nuestra leyenda y de nuestra historia”, es objeto de multitud de peregrinaciones “de los buenos hijos de Euskal-Erria”. Más adelante afirma que Aralar es el “centro geográfico de Vasconia entera” (*Ibidem*, p. 112). De nuevo en la p. 137 señala que “Según los estudios realizados, los vascos actuales son de la misma raza, del mismo tipo humano que los que desde un principio vivieron en nuestro país”.

⁸⁰ Cfr. F. García Ezpeleta, *España Imperial, op. cit.*, p. 200. “En los montes del país vasco, particularmente en las fragosidades de las sierras navarras [...]”.

⁸¹ Cfr. L. del Campo, *Investigaciones histórico-críticas, op. cit.*, p. 22. El autor identifica a los navarros y los vascos, al menos en lo que atañe al comienzo de la Edad Media. En su opinión “el reino navarro fue el continuador del pueblo vascongado” (*Ibidem*, p. 290).

⁸² Cfr. “Lección extraordinaria”, *op. cit.* Identifica continuamente a los vascones con los vascos y, a su vez, con los navarros. En concreto señala que el pueblo navarro es “vasco puro no contaminado de aryanismos”.

⁸³ Cfr. F. Salinas, en *Estudios de Historia del Derecho Foral, op. cit.*, p. 115. Cita aprobadoramente a Campión para llamar a los vascones únicos representantes en la antigüedad del pueblo vasco moderno.

⁸⁴ Cfr. Francisco López Sanz, “Cómo se expresaron algunos políticos de fines y principios de siglo”, en *Pregón*, nº 89, 1966. Llama vascas a las libertades forales de Navarra.

⁸⁵ Cfr. Ollarra [J. J. Uranga], “Climas para el crimen”, en *D. N.*, 10-X-1976, p. 32: “En medio Euskalerría, una tierra nuestra, distinta de Reino a Provincia, de valle a valle, de pueblo a pueblo, pero con mucho de entendimiento, amor y comunidad”. Algunos años más tarde, en 1980, Ollarra explicaba su rechazo a la inclusión de Navarra dentro del ente preautonómico vasco en los siguientes términos: “ho queremos el amontonamiento - sí la colaboración - con las Provincias hermanas” (Ollarra, “El PNV y la derecha”, en *D. N.*, 9-IV-1980, p. 28). Por esas mismas fechas se mostraba de acuerdo con que Navarra era “parte fundamental del pueblo vasco”. “Es más, yo diría que Navarra es, casi por sí sola, el pueblo vasco” (Ollarra, “Euzcadi y los vascos”, en *D. N.*, 10-IV-1980, p. 28.) Uranga distinguía entre ser vascongado y ser vasco, señalando que “tenemos que saber separar política actual de vida y pasado” (*Ibidem*).

⁸⁶ Jaime Ignacio del Burgo, *Navarra es Navarra. Tres años de lucha en defensa de nuestra identidad*, Graficas Irujo, Pamplona, 1979, p. 7.

⁸⁷ J. I. del Burgo, “Autodeterminación para Navarra”, publicado en *D. N.*, 7 y 8-I-1977, recogido en *Navarra es Navarra, op. cit.*, p. 29.

⁸⁸ Son famosas las críticas vertidas en esta época contra los navarros por el peregrino Aymeric Picaud. “Este es un pueblo”, escribe, “bárbaro, distinto de todos los demás en costumbres y modo de ser, colmado de maldades, oscuro de color, de aspecto inicuo, depravado, perverso, pérfido, desleal y falso, lujurioso, borracho, en toda suerte de

parece haber sido la caracterización realizada por Traggia en el *Diccionario Geográfico-histórico de España*⁸⁹ de 1802. Según escribe,

‘El genio de los naturales generalmente es alegre y franco. Aman su país y sus costumbres: gustan del aseo y limpieza en sus personas y casas. Por esta razón se aplican a la agricultura y con preferencia al tráfico [...]. Su honradez, conducta y aplicación les proporciona en todas partes conveniencias y empleos, especialmente en el ramo de la hacienda. La unión que tienen entre sí, en particular fuera de su patria, es un medio poderoso para acrecentar sus caudales y les facilita medios de dar la mano a parientes y amigos.’⁹⁰

Es posible que Traggia elaborara su retrato inspirándose en el Maestro Medina⁹¹, un autor del siglo XVI, y en las *Cartas Persas*⁹² de Cadalso, aunque los paralelismos no son concluyentes.

46 años después de la publicación del *Diccionario*, un militar destinado en Navarra, llamado Ramírez Arcas, consignaba en su *Itinerario descriptivo*⁹³ el modo de ser de sus habitantes. Éstos, escribe, son ‘laboriosos, aplicados al trabajo y adictos a conservar sus casas troncales o nativas’⁹⁴. Naturalmente hospitalarios, higiénicos y religiosos, sus costumbres son ‘puras y sencillas’⁹⁵. Curiosamente, Ramírez Arcas

violencias ducho, feroz, silvestre, malvado y réprobo, impío y áspero, cruel y pendencioso, falto de cualquier virtud, diestro en todos los vicios e iniquidades.” Citado por J. del Burgo, *Historia de Navarra, op. cit.*, p. 420.

⁸⁹ *Diccionario Geográfico-histórico de España, op. cit.*

⁹⁰ *Ibidem*, tomo II, p. 62.

⁹¹ ‘Son los navarros - escribe Medina- ordinariamente bien hechos y proporcionados, no de grande estatura sino medianos, alegres, afables, conversables, de grandes fuerzas y ligereza, algo jactanciosos deso, fieles. Trabajan mucho en aquellas cosas a que se aplican. Son muy aplicados en virtud, en general muy amigos de sus costumbres, y casi todos ellos inclinados a unas mismas cosas.” Citado por M. Herrero García, ‘Ideología Española del Siglo XVII. Concepto de los vascos’, en *R. I. E. V.*, tomo XX, 1927, p. 569. La cita proviene del *Libro d’grandezas y cosas memorables de España* (Imp. Dominus d’Robertis, Madrid, 1548).

⁹² Joseph Cadahalso, *Cartas marruecas*, Imp. de Piferrer, Barcelona, 1796. En concreto, Traggia pudo tomar de Cadalso la idea de una fuerte solidaridad entre los vasconavarros. pp. 69-70.

⁹³ A. Ramírez Arcas, *op. cit.*

⁹⁴ *Ibidem*, pp. 50-51. Sería interesante investigar hasta qué punto algunos de los rasgos atribuidos a los navarros tienen eco internacional. Así por ejemplo, y en lo que respecta al amor a las casas nativas de los navarros, resulta curioso confrontar la presente cita con la descripción de los navarros que aparece en The Earl of Carnarvon, *Portugal and Galicia with a Review of the Social and Political State of the Basque Provinces*, John Murray ed., London, 1861. El autor diferencia a navarros de vascos merced a una ‘asombrosa diversidad de gustos y hábitos’ (*Ibidem*, p. 351). Al contrario de los vizcaínos, que según el autor son emprendedores y comerciantes, ‘los navarros [...], animados no tal vez por un mayor amor a su país, pero si diferente, se apegan con tenacidad al lugar de su nacimiento’ (p. 352). Es a causa de ello, afirma, que se dedican exclusivamente a la agricultura. ‘Ninguna perspectiva de mejora o promoción puede, hablando en general, inducirle a abandonar, siquiera por una temporada, la casa de sus padres.’ (*Ibidem*).

⁹⁵ A. Ramírez Arcas, *op. cit.*, p. 56.

completó esta descripción con la que el *Diccionario* de 1802 dedicó a los alaveses, aunque sin citarlo expresamente:

‘La sencillez fue siempre el carácter distintivo de los habitantes de Navarra: constantes, en lo que una vez aprendieron: tenaces en llevar adelante sus intentos: valientes: de buena constitución; y con mucha energía para sostener sus opiniones.’⁹⁶

Nuestro militar no omitió mencionar algunos defectos típicos de los navarros. Así, reprochaba ‘el abuso que se acostumbra hacer del vino, aguardiente y manjares crasos’⁹⁷ en la provincia. La delincuencia, continua, es más elevada que en el resto de España y, en concreto, el contrabando se encuentra muy extendido. Las causas de ello parecen residir en la nociva influencia de la reciente guerra civil, la situación geográfica y topográfica y el bajo estado de la instrucción en la provincia⁹⁸.

En 1861 el navarro Pedro Madoz dedicó también algunos párrafos de su *Diccionario* a retratar el genio de sus paisanos. Como Ramírez Arcas, reparó en la altísima tasa de criminalidad del país, no obstante la religiosidad y el ‘carácter noble y generoso’⁹⁹ de sus habitantes. ‘Generalmente’, escribe ‘en toda la provincia son buenas y morigeradas las costumbres’¹⁰⁰ y los navarros son ‘por lo común francos y nobles y muy predispuestos a la gloria’¹⁰¹. Madoz no dijo mucho más de sus paisanos como colectivo; simplemente reprodujo -sin advertirlo- el citado párrafo del *Diccionario* de 1802¹⁰². De hecho, añadió punto y seguido que en la provincia se daban dos tipos humanos contrapuestos, montañeses y riberos. Sus ‘carácter y costumbres’, señaló, son ‘en un todo diferentes’¹⁰³.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 50. Según el *Diccionario* (*op. cit.*, tomo I, p. 52), los alaveses son ‘grandes sufridores de trabajos, constantes en lo que una vez aprendieron, tenaces en llevar adelante sus intentos, corteses, afables y de agradable trato, y gustan de diversiones públicas para desahogarse’.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 14.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 56.

⁹⁹ P. Madoz, *op. cit.*, p. 195.

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 221.

¹⁰¹ *Ibidem*.

¹⁰² *Ibidem*. La única modificación que hizo Madoz fue omitir la referencia al empleo en el ramo de la hacienda de muchos navarros. Los demás autores le siguen en esto.

¹⁰³ P. Madoz, *op. cit.*, p. 221.

La huella del *Diccionario* es también perceptible en Nadal de Gurrea, quien en sus *Glorias Navarras*¹⁰⁴ de 1866 copió el consabido párrafo de Traggia, nuevamente sin citar la fuente ni avisar de la cita. Inspirándose en Madoz, aunque expresando puntos de vista diferentes en lo relativo a la criminalidad de la provincia, añadió que

‘Navarra es país abastecido y regalado, donde se puede vivir con comodidad y economía y con mucha tranquilidad merced a la índole pacífica de sus habitantes y a las buenas leyes y policía que tan bien saben aplicar y conservar sus dignas autoridades.’¹⁰⁵

En 1878 Mañé y Flaquer reprodujo una vez más la descripción del *Diccionario*, aunque tampoco citó la fuente¹⁰⁶. Es posible que desconociera el origen de la caracterización y tomase el texto de Madoz, a quien avisó que seguía. De todos modos, más adelante resumió su opinión de los navarros calificándolos de ‘leales, hidalgos, honrados, creyentes, laboriosos, modestos, [y] obedientes, es decir, cristianos’¹⁰⁷.

Unos años después, en 1886, Pedro Madrazo realizó otro retrato de los navarros formando un *pastiche* a base de impresiones propias, citas explícitas a Mañé y Sanz y Baeza y citas no declaradas a Madoz, Vinson y el *Diccionario* de 1802. De este último repitió el consabido párrafo¹⁰⁸ y de Madoz la tajante división entre los habitantes de Navarra, así como su breve descripción general del país¹⁰⁹. Madrazo observa a los navarros como un viajero romántico, con benevolencia, pero como si fueran una tribu extraña, todavía sin civilizar por completo. Repara en la diferencia existente entre los fieros vascones que lucharon contra romanos, godos, árabes y francos y sus actuales descendientes, hospitalarios y amables. Su carácter, concluye, se ha dulcificado con el tiempo. Los navarros de hoy

‘Son gente de gran rectitud, aunque su escasa ilustración, su tenacidad, y la extremada viveza de su imaginación, los induzcan a formar falsos juicios; son afables y complacientes, pero irascibles y muy de temer en su cólera; no es

¹⁰⁴ J. Nadal de Gurrea, *op. cit.*, p. 17.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 18. Madoz (*op. cit.*, p. 209) había escrito: ‘Navarra es uno de los países más regalados y abastecidos de todo lo necesario para las comodidades de la vida, y donde se puede vivir sin mucho gasto.’

¹⁰⁶ J. Mañé, *op. cit.*, p. 20. Como Madoz, Mañé sólo omitió la preferencia de los navarros por la hacienda.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 492. El corchete es mío.

¹⁰⁸ P. Madrazo, *op. cit.*, tomo I, p. 240.

¹⁰⁹ *Ibidem*.

cierto que sean rencorosos y vengativos; son expresivos y entusiastas, cualquier cosa los seduce y exalta, cualquier cosa también los desilusiona; habitualmente formales, ceden no obstante con facilidad al atractivo del juego y a los goces de la mesa, y entonces su jovialidad y alegría no tiene límites y es estrepitosa; la hospitalidad en su más amplia acepción, es en ellos práctica constante y culto, [...] el vasco es de suyo inteligente, altivo e independiente; posee en el más alto grado el instinto de la dignidad personal; y si la instrucción, el trato con los extraños, las mejoras de la vida material y la consiguiente holgura para observar y discernir, favorecen sus naturales dotes, desembarazando del fetichismo que subyugó a sus mayores y los esclavizó al capricho de sus déspotas, se le verá elevarse a las más privilegiadas esferas del humano progreso.”¹¹⁰

La impresión de que Madrazo contempla un pueblo exótico y primitivo, aunque prometedor si consigue desembarazarse de la rémora de la tradición, queda reforzada por sus apuntes en torno a la religiosidad navarra. Ésta, rayana en el fanatismo, tiene no poco de primitivo, hasta el punto de que, según afirma, los navarros “permanecen arraigados a supersticiones seculares”¹¹¹.

Arturo Campión integró buena parte de las descripciones precedentes en la cuarta serie de su *Euskariana*¹¹². Según el complejo retrato que elabora, el vasconavarro es,

‘[...] flemático para resolver, desconfiado y receloso cuando se trata de sus intereses. Terco en la defensa de sus opiniones. Tardo en la concepción de las ideas generales, a las que se adhiere como las yedras y los musgos a los árboles y las paredes. Es además dócil a la voz de las personas que ama o respeta. Capaz de disimulo, pero no de perfidia. Más pesaroso del bien del convecino, que del de los extraños. Irritable y ardoroso cual pocos en la defensa de lo que *siente* como cierto. Dócil a la mano blanda, pero soberbio e intratable a la mano

¹¹⁰ *Ibidem*. Madrazo se basaba en una descripción de Julien Vinson (tomada seguramente de *Le basque et le pays basque: moeurs, langage et histoire* de 1882), aunque no advirtió de ello. Según el escritor francés los vascos: ‘Están llenos de prejuicios y conservan antiguas supersticiones que el Catolicismo no ha podido desarraigar. Están firmemente apegados incluso a la menos importante de sus costumbres, pero tienen una sólida base de rectitud, aunque su ignorancia, su obstinación y la extremada viveza de su imaginación les conduce a formarse juicios falsos. Son amables y simpáticos, mas irascibles y peligrosos al calor de su excitación. No creo que sean rencorosos y vengativos como se ha dicho. Son ladinos y entusiastas, arrebatados pronto por cualquier bagatela, se desilusionan con la misma facilidad. Aunque habitualmente serios, se muestran inclinados a los juegos y a los placeres de la mesa. Entonces su alegría llega a ser ruidosa e interminable. Hacen una costumbre y un culto de la hospitalidad en el sentido más amplio de la palabra.’ (citado por R. Gallop, *op. cit.*, pp. 47-48.)

¹¹¹ P. Madrazo, *op. cit.*, p. 240.

¹¹² A. Campión, ‘El genio de Navarra’, en *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*, pp. 89 y ss.

dura. Dotado de un gran instinto de la gerarquía social. Económico, pero no avaro. [...] difícil de ser arrastrado afuera de las vías legales, pero tardía y costosamente reducible a ellas, después de salir. Trabajador incansable. Sobrio. Hormiga *industriosa* de su familia y casa. Devoto nimio. Religioso sincero.”¹¹³

Por lo demás, y aunque es aguerrido y valeroso, siente

“[...] bendito horror a la servidumbre militar y a la rigidez de la civilización moderna que le incitan a buscar la libertad en el desierto. Respetuoso de la propiedad ajena. [...] hospitalario y amable, pero no bajo y rastrero [...]. Morigerado y cortés en su lenguaje, que contrasta con la torpeza y grosería del que usan todos los pueblos que le rodean: gascones, santanderinos, aragoneses, riojanos y nabarros castellanizados. Grave en su apostura, pero en el fondo inclinado a la alegría, que cuando la ocasión se presenta le transforma, enloqueciéndolo.”¹¹⁴

Entre los defectos del vasconavarro, el autor destacó su desmesurada afición al vino, ‘pero sin caer en la embriaguez deprimente, sombría, brutal [...], ni tocar las puertas del libertinaje’¹¹⁵, ‘sino que se expansiona en cánticos, cabriolas y bailes’¹¹⁶. El retrato ofrecida por Campi3n es desordenado, formado por la simple adici3n y pasa una y otra vez de las cualidades morales a las f3sicas.

‘Ágil, esbelto, andar3n infatigable, de cuerpo duro al fr3o, al agua, a la nieve. Animoso, valiente y entusiasta. Amigo de socorrer pobres y desvalidos. [...] reservado y circunspecto en el comercio cotidiano. Hablador inagotable cuando le domina una exaltaci3n. Orador, artista de la palabra nunca; las palabras REFLEJAN directamente el estado de su 3nimo, y si alg3n relieve y donosura alcanzan se deben al pensamiento.’¹¹⁷

¹¹³ *Ib3dem*, pp. 89-90.

¹¹⁴ *Ib3dem*, pp. 90-91.

¹¹⁵ *Ib3dem*, p. 91.

¹¹⁶ *Ib3dem*.

¹¹⁷ *Ib3dem*, p. 93. May3sculas suyas.

Esta descripción debe completarse con aquélla que el propio Campión realizó algunos años más tarde, en la octava serie de la *Euskariana*¹¹⁸. Según señaló, el vasconavarro era vigoroso, robusto, limpio y sano. A veces voraz. “Cauto” y “circunspecto”¹¹⁹, casi adusto. Vengativo, soporta mal la pobreza, “por ello, siendo de gente estable y arraigada, se torna en emigrador y aventurero”¹²⁰. “Es naturalmente compasivo, pero nada le humilla tanto cuanto inspirar lástima. Envidioso del vecino y co-igual”¹²¹. Ingenuo y fácil de ganar. Algunos le motejan de ingrato: el amor propio le hace pensar que merece el beneficio recibido. Individualista, “jactancioso de su propia posibilidad”¹²², apostador. Amante de su familia. “Su instinto natural es igualitario”¹²³. Soporta la muerte como si fuera insensible, con una serenidad a primera vista inhumana. “De inteligencia despierta y fértil, el ambiente de su vida habitual no le impele al cultivo de las letras; pero si endereza la atención, descuella en los más diversos géneros”¹²⁴. Leal a la palabra y constante en sus opiniones. Posee un espíritu práctico, pero es honrado y cristiano devoto.

“De imaginación corta, tierna y apacible. No sabe gozar de ella. Apenas se entera de que el relato fantástico o maravilloso, causa de su embeleso, es meramente imaginario, su atención, o se entibia o se apaga del todo.”¹²⁵

Aunque Campión declarara confeccionar sus retratos en base a impresiones personales y autores como Larramendi y Rodríguez Ferrer, muchos de los rasgos que vio en los vascos parecen tomados de Medina, Vinson, Madrazo y de lo que el

¹¹⁸ A. Campión, *Euskariana. Octava serie, op. cit.*, pp. 254 y ss.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 255.

¹²⁰ *Ibidem*.

¹²¹ *Ibidem*.

¹²² *Ibidem*.

¹²³ *Ibidem*, p. 257. Campión añadía que esto “sin menoscabo del concepto no menos vivo y operante de la jerarquía y la autoridad sociales”.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 255.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 257. La puesta en cuestión de la imaginación de los habitantes de Navarra y Vascongadas es un tópico frecuente. Así F. Gáscue, en *El Bizcaitarrismo*, Imp y esc. de F. Jornet, San Sebastián, 1904, p. 23, dice que los vascos son una raza “tranquila, fría, razonadora; no es de imaginación brillante ni de inteligencia rápida, pero posee el sentido de la realidad como pocos”. Ya en el siglo XVII Baltasar Gracián escribe: “Verás hombres más cortos que los mismos navarros”. Citado por M. Herrero, *op. cit.*, p. 557. En el siglo XX R. Gallop (*op. cit.*, p. 48.) hace de la falta de imaginación “la clave del carácter racial”.

Diccionario de 1802 dijo de vizcaínos¹²⁶, alaveses, guipuzcoanos¹²⁷ y navarros. Tal vez a causa de la disparidad de las fuentes, su compleja caracterización del vasconavarro acusa una perceptible falta de claridad. En uno de sus últimos escritos Campión distinguió la existencia de dos genios típicos vasconavarros, uno “aventurero” o “emigracionista” con representantes como Elcano, Javier, etc., y otro “sedentario”, tendente a recluirse en su terruño¹²⁸.

A pesar del vasquismo militante de Campión, la agridulce descripción del genio de la raza que elaboró es una de las menos complacientes y más críticas. La práctica totalidad de los autores locales ha ofrecido retratos mucho más entusiastas del carácter nativo. Así, Mariano Arigita erige, frente al innoble proceder de los judíos, “el modo de ser de los naturales del nobilísimo país vasco, cuya educación social está basada en la nobleza, en la hidalguía, en la generosidad, en la franqueza, prendas genuinas de la euskaria”¹²⁹. A decir de Gregorio Iribas, aquéllos se caracterizan por su “valor indomable”, “resistencia invencible”, “laboriosidad constante”, “sencillez de costumbres”, “respeto a los mayores”, “frugalidad”, “religiosidad” y “honradez”¹³⁰. Dionisio de Ibarlucea¹³¹, por último, los describe francos, nobles, robustos, alegres, hospitalarios, formales, amantes de los suyos, religiosos, limpios, aseados, honrados, laboriosos, buenos guerreros y respetuosos con la autoridad. Sólo el incómodo Pradera¹³² pone de relieve su codicia y desmedido amor al alcohol.

¹²⁶ El *Diccionario* (*op. cit.*, tomo II, p. 487) había dicho de los vizcaínos: “Son honrados, esforzados, alegres y corteses sin baxeza; ni les falta docilidad quando se les trata bien, pero llevados por mal son duros e inflexibles [...], muy poco desiguales en sus fortunas.”

¹²⁷ “Son de bellos rostros y de gentil disposición, afables, corteses y humanos; amigos de honrar y complacer a todos, y particularmente a los forasteros, a los cuales obsequian con mayor generosidad; son duros e inflexibles con los enemigos. Deseosos de conservar su antigua nobleza, y constantes defensores de sus fueros [...]. aborrecen tanto los delitos públicos, y respetan de tal modo la justicia, que rara vez ocurre causa para castigo y extraordinario.” (*Ibidem*, tomo I, pp. 325-326).

¹²⁸ A. Campión, *Euskariana. Duodécima serie, op. cit.*, pp. 13 y ss.

¹²⁹ Mariano Arigita y Lasa, “Influencia social, religiosa y política de los judíos en el País Vasco”, en VV. AA., *El Pueblo Vasco*, Imp. Provincial, San Sebastián, 1905, p. 17. El fondo antisemita de la conferencia es muy acusado. Cfr.: “Dios sabe cómo se aprovechaban los hebreos de las circunstancias para saciar las dos ambiciones que siempre les han dominado; la de esquilmar por medio de la usura al pobre que odiaban con odio de raza, religión y aspiraciones” (*Ibidem*, pp. 8-9). Más adelante haciéndose eco del “espantoso exterminio” de la Judería en 1276 dice que fue un “justo castigo de la indiscreta conducta que observaron sus individuos” (*Ibidem*, p. 15). La actitud antisemita de Arigita no es un caso aislado. Navarro Villoslada, Campión, Altadill, Juaristi, Munárriz Urtasun, Munárriz Velasco, Salinas Quijada, Esteban y Chavarría y del Burgo, entre otros, han expresado en alguna ocasión puntos de vista antisemitas. La fobia a los gitanos está también extendida entre los autores navarros.

¹³⁰ G. Iribas, *op. cit.*, p. 104.

¹³¹ Dionisio de Ibarlucea, *Atlas de la provincia de Navarra, acompañado de una breve descripción geográfica*, Imp. de Díaz Espada, Pamplona, 1886, p. 12.

¹³² V. Pradera, *Obra completa, op. cit.*, p. 289 y p. 321.

Muchos de los personajes de la literatura local, especialmente navarrista, están confeccionados conforme a este ideal. Mario Ugarte de *Blancos y Negros*¹³³; Ignacio Esquíroz de *Flor de hidalgos*¹³⁴; Luis de Añezkar de la novela homónima¹³⁵; Guillermo Zamarbide de *El suplicio de Tántalo*¹³⁶; los Areta de *La expósita*¹³⁷; los Arambarri (de ‘carácter bruto pero noble, [y] corazón aldeano pero grande’) de *Barro Blando*¹³⁸; Miguel de Iturbide de la novela homónima¹³⁹; Lorenzo Urtubi de *Pugna de almas*¹⁴⁰; Martín Vidaurre de *San Hombre*¹⁴¹, etc. Todos ellos son honrados, respetuosos, fieles, honestos, religiosos, trabajadores, afables, valientes, generosos, francos, aristocráticos pero igualitarios, etc. El retrato que hace José Arellano de Gayarre, ‘arquetipo de navarro’¹⁴², coincide también con el modelo. ‘Gayarre fue orgulloso con los altivos y sencillo con los humildes’¹⁴³, caritativo, cumplidor de la palabra dada, amigo de sus amigos, sencillo y franco. Algunos personajes exhiben también los pecados veniales típicos de la raza: Santizarra de *Mío Jurra*¹⁴⁴, los camaradas de *Macario*¹⁴⁵ y los personajes de *Bajo los robles navarros*¹⁴⁶ asisten a banquetes verdaderamente pantraguélicos. Javier Azpilicueta de *La casa*¹⁴⁷ recorre las fiestas de todos los pueblos cercanos y Ordoqui de *¡Huracán!*¹⁴⁸, aunque honesto y religioso, practica el contrabando.

¹³³ A. Campión, *Blancos y Negros*, op. cit.

¹³⁴ J. Casariego, *Flor de hidalgos*, op. cit.

¹³⁵ L. Zapatero, *Luis de Añezkar*, op. cit.

¹³⁶ Clemente Galdeano, *El suplicio de Tántalo*, Gráficas Iruña, Pamplona, 1954.

¹³⁷ M. Arrasate, *La expósita*, op. cit.

¹³⁸ F. Salinas, *Barro Blando*, op. cit., p. 134. El corchete es mío.

¹³⁹ E. Munárriz, *Miguel de Iturbide*, op. cit.

¹⁴⁰ Manuel Iribarren, *Pugna de almas*, op. cit.

¹⁴¹ M. Iribarren, *San Hombre*, op. cit.

¹⁴² Cfr. la crónica de la inauguración del monumento a Gayarre en 1950, en ‘Los trabajos y los días’, en *Príncipe de Viana*, nº 40-41, p. 365.

¹⁴³ *Ibidem*.

¹⁴⁴ C. Galdeano, *Mío Jurra*, op. cit.

¹⁴⁵ M. Arrasate, *Macario*, op. cit.

¹⁴⁶ F. Urabayen, *Bajo los robles navarros*, op. cit.

¹⁴⁷ D. Baleztena, *La casa*, op. cit.

¹⁴⁸ J. del Burgo, *¡Huracán!*, op. cit.

A pesar de que los vasconavarros hayan sido objeto de alabanza general, lo cierto es que no todos los autores han enfatizado los mismos rasgos. Ibero¹⁴⁹ destaca la religiosidad como punto característico. Juaristi, en cambio, subraya su vena bélica:

‘El navarro no es hombre quieto ni de paz, así calce abarcas, así sandalias. Aborrece la disciplina y cuando se somete a ella es por vencer al ‘otro’ que lleva dentro. Es un guerrillero con el escopetón o el trabuco, y es un guerrillero también con el evangelio.’¹⁵⁰

Nuestra última descripción del genio de los navarros está realizada por Manuel Iribarren en 1956. A su modo de ver, éstos son buenos administradores, medianos políticos, religiosos, enérgicos, fuertes, sanos y algo susceptibles¹⁵¹. Además son exacerbadamente individualistas y, por lo mismo, amantes de la libertad privada y pública. ‘El pueblo navarro’, escribe Iribarren, ‘ha tenido y tiene un concepto insobornable de la justicia y de la dignidad humana’¹⁵². Su principal defecto, finaliza, es la falta de sobriedad¹⁵³.

Antes de realizar una reflexión en conjunto sobre los retratos precedentes del genio local necesitamos añadir algunos textos más. Ello se debe a que muchos autores, incluyendo a muchos de los arriba citados, han insistido en que Navarra se compone de zonas muy diferentes. ¿Cómo han sido descritos los habitantes de éstas? ¿Cómo se les ha integrado en el retrato general del genio navarro?

Montaña, (zona media) y Ribera.

Como hemos afirmado, Pedro Madoz apenas esbozó una caracterización conjunta de los navarros. Entendió que la provincia estaba dividida en al menos dos zonas, Montaña y Ribera, ‘en un todo diferentes’¹⁵⁴ en lo que se refería al carácter y

¹⁴⁹ Fr. Evangelista de Ibero, *Sermón, op. cit.*, p. 10.

¹⁵⁰ V. Juaristi, ‘Los hombres de Navarra’, en Gurrea, *op. cit.* Varios autores han insistido en la belicosidad como principal rasgo de los vasconavarros. Cfr. Emilio Valverde y Álvarez, *Guía de las Provincias Vascongadas y Navarra*, Imp. de F. Cao y D. de Val, Madrid, 1886, p. 775. ‘Son los vascos y navarros un pueblo original y viril, que desde el nacimiento de la Vasconia, a través de grandes y titánicas guerras, de sangrientas y frecuentes insurrecciones, son hoy como ayer y como en sus primeros tiempos, pujantes y decididos, de carácter firme, resuelto, constante e indomable, amantes de su libertad hasta el fanatismo [...]’.

¹⁵¹ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, pp. 53 y ss.

¹⁵² *Ibidem*, p. 21.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 54.

¹⁵⁴ P. Madoz, *op. cit.*, p. 221.

costumbres. De sus habitantes, advierte, “casi puede decirse que proceden de dos razas distintas”¹⁵⁵.

Tanto montañeses como riberos, afirma Madoz, son de buenas costumbres, pero en la zona llana -sea por el clima o por “el uso abundante de licores espirituosos o alimentos más fuertes”- “tienen maneras más toscas”¹⁵⁶. Por contra, en la Montaña “se presenta el tipo de la amabilidad y dulzura, aunque en cierta manera disfrazadas con más reserva”¹⁵⁷. La propiedad está mejor repartida en la zona norte. Sus habitantes “aborrecen las guerras y las armas, pero una vez comprometidos a ellas, su perseverancia no conoce límites”¹⁵⁸. En la Ribera, donde las tierras están mal repartidas, hay multitud de jornaleros siempre “dispuestos a tomar parte en cualquier bandera o teatro de guerra”¹⁵⁹.

Unas pocas páginas atrás Madoz distinguía no dos sino tres zonas: las arriba citadas más un país central en torno a Pamplona¹⁶⁰. De los riberos señalaba que tenían los “vicios y defectos comunes a esta clase proletaria”¹⁶¹. La instrucción era baja, las riñas habituales y se frecuentaban las tabernas. En la Montaña los delitos de sangre eran menos corrientes, pero se cometían más robos. En lo que atañe a los habitantes del centro indicó que eran “los más morigerados”, “subordinados y económicos” y que sentían “gran respeto a los vínculos familiares”¹⁶². La delincuencia aquí era mucho más reducida que en las otras zonas.

Al parecer, los viajeros del XVIII ya habían reparado en las diferencias existentes en el interior de Navarra. Mr. de Fer¹⁶³, un viajero francés que recorrió España hacia 1787, dividió también la provincia entre Montaña y Ribera. De los habitantes de la primera dijo que eran aseados, frugales, nobles, sencillos, de modales

¹⁵⁵ *Ibidem*.

¹⁵⁶ *Ibidem*.

¹⁵⁷ *Ibidem*.

¹⁵⁸ *Ibidem*.

¹⁵⁹ *Ibidem*.

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 195.

¹⁶¹ *Ibidem*.

¹⁶² *Ibidem*.

¹⁶³ *Cartas escritas por Mr. de Fer al autor del Correo de Europa en que le da noticias de lo que ha observado en España*, Casa de L. Boudrie, Burdeos, 1787. Citado por José M^o Iribarren, “La Navarra de hace dos siglos vista por un francés”, en *Historias y costumbres (Colección de ensayos)*, Ed. Gómez-Dip. Foral de Navarra, 2 ed. aumentada, Pamplona, 1956. Pueden encontrarse más testimonios de viajeros en el libro de José M^o Iribarren, *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Diputación Foral de Navarra-Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1957.

ásperos y “de ideas tan limitadas como su horizonte”¹⁶⁴. Respecto a los riberos, los retrató supersticiosos, aficionados al juego y amantes de salir de noche. “Costumbres, modales, corazón, ideas, acento, todo es bárbaro en la Ribera. A la justicia respetan de día, y se burlan de ella y la insultan de noche”¹⁶⁵.

El brigadier Ramírez Arcas siguió a Madoz en la bipartición entre Montaña y Ribera. A su caracterización general añadió que, a diferencia de lo que sucedía en la primera, la juventud ribera estaba “un poquito inclinada a la molicie y algo dispuesta a la vida guerrillera”¹⁶⁶.

Otro texto de interés es la *Estadística*¹⁶⁷ escrita por Sanz y Baeza en 1858. Como los autores anteriores, Sanz distingue dos regiones, si bien luego añade una subdivisión dentro de la Montaña para la Cuenca de Pamplona. Según señala, los habitantes de la parte llana “son de un carácter franco, de espíritu fogoso, ágiles, fuertes para el trabajo, poco sufridos en las disputas, amigos de músicas y rondallas nocturnas”¹⁶⁸. Los montañeses, con la excepción de los aldeanos, son de “carácter pacífico, honradísimos, lentos para todo, aunque muy aplicados al trabajo; sobrios”¹⁶⁹. Frente a estas amables descripciones, Sanz y Baeza siente un curioso desdén hacia los montañeses de la Cuenca de Pamplona. Éstos son, escribe,

“[...] egoístas, y envidiosos hasta del bienestar de sus parientes: desconocen lo que es la caridad y buena fe: jamás dicen la verdad cuando conocen que el decirla les ha de causar la pérdida de medio real [...]: trabajan, pero de mala gana: enemistados casi siempre, se reúnen todos cuando se trata del interés de algún forastero: apenas hay persona que tratándoles de cerca, o que tenga asuntos con ellos que no les mire con desconfianza y antipatía.”¹⁷⁰

Como dijimos anteriormente, Juan Mañé siguió a Madoz en su tipología de los navarros. En *El Oasis*¹⁷¹ incluyó seis retratos de habitantes típicos de Navarra, tres

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 273.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 274.

¹⁶⁶ A. Ramírez Arcas, *op. cit.*, p. 50.

¹⁶⁷ Florencio Sanz y Baeza, *Estadística de Navarra*, Imp. de F. Erasun y Rada, Pamplona, 1858.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 16.

¹⁶⁹ *Ibidem*.

¹⁷⁰ *Ibidem*, pp. 16-17. Hay que anotar que el ataque de Sanz y Baeza provocó la respuesta de Francisco Lacabe. Cfr. *Defensa de los aldeanos de la cuenca de Pamplona*, Pamplona, 1858.

¹⁷¹ J. Mañé, *op. cit.*

riberos y tres montañeses. Los primeros se distinguían por una ‘fisonomía abierta e inteligente, enérgica, pero poco circunspecta, es decir, que en ellos la energía no está siempre templada o moderada por la prudencia’¹⁷². Al contemplar los retratos de montañeses - y cabe anotar que uno pertenece a un anciano de Igúzquiza-, el autor subrayaba ‘cuán distintos’¹⁷³ son a los de los riberos y cuán parecidos entre sí (‘parece que son individuos de una misma familia’¹⁷⁴). En sus semblantes Mañé destacó la formalidad, la gravedad y el reposo.

La exaltación de los montañeses y la depreciación de los riberos es común a otros autores foráneos del XIX. Nombela, por ejemplo, señala que ‘en la ribera participan sus habitantes del carácter de los aragoneses, y aunque menos intransigentes y más cultos, son alegres expansivos, generosos y más aficionados a divertirse que a trabajar’¹⁷⁵. Su descripción del norte de la provincia es infinitamente más amable:

‘Limpieza, aseo, comodidad: he aquí lo que se encuentra en los pliegues de las montañas de Navarra; seguridad personal, honradez, he aquí lo que completa la fisonomía de los montañeses.’¹⁷⁶

Respecto a su docilidad, Nombela declaraba que, en general, ‘la ley, representada por un uniforme o una varita, los domina como una fuerza magnética’¹⁷⁷.

Entre los escritores navarros, Navarro Villoslada¹⁷⁸ distinguió también entre Montaña y Llanura. A su modo de ver, la primera, en la medida que había permanecido generalmente aislada, albergaba los ejemplares más puros de la raza. Por contra,

‘Las tierras llanas y fronterizas, más accesibles a los extraños, y desprovistas de medios naturales de resistencia, han tenido que sucumbir, por más o menos tiempo, al yugo de los conquistadores.’¹⁷⁹

¹⁷² *Ibidem*, p. 24.

¹⁷³ *Ibidem*, p. 25.

¹⁷⁴ *Ibidem*.

¹⁷⁵ J. Nombela, *op. cit.*, p. 82.

¹⁷⁶ *Ibidem*.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 94.

¹⁷⁸ Francisco Navarro Villoslada, ‘La mujer de Navarra’, en *Príncipe de Viana*, nº 25, 1946, p. 811. Original de la *Revista Euskara*, 1881.

¹⁷⁹ *Ibidem*.

Aunque oriundo del sur de la provincia, Villoslada llamó a las comarcas llanas “zonas de servidumbre”¹⁸⁰ y añadió que “lo que en la ribera son músicas y rondas, trabucazos y navajadas, en la montaña son leyendas contadas en las veladas del hogar”¹⁸¹. Como los varones de cada parte, las mujeres de una y otra zona “son realmente distintas”¹⁸², aunque matizó que ambas convenían “en el fondo del carácter nacional”¹⁸³.

“La montañesa es altiva, constante, trabajadora y alegre, como sus paisanas del mediodía; pero ni física ni moralmente puede confundirse con ellas. Más ibérica, más vascongada, más primitiva que éstas [...]”¹⁸⁴

Con todo, Navarro Villoslada advertía que había notables divergencias entre esta mujer y la guipuzcoana¹⁸⁵. Además la mujer montañesa no era sólo dulzura puesto que sabía manejar el fusil “tan bien como su padre, su hermano o su marido”.¹⁸⁶ En cualquier caso, la diferencia más aguda parece ser la que guarda con la mujer ribera. Ésta tiene mucho más desparpajo, es más altanera y “capaz de encajar una fresca al lucero del alba”¹⁸⁷.

Pedro Madrazo también siguió en lo sustancial a Madoz, aunque añadió que en el pasado “no había diferencias entre el vasco montañés y el vasco de la tierra llana”¹⁸⁸. Es evidente que, a su modo de ver, el tipo más original es el primero. Por lo demás, Madrazo apuntó que los riberos eran poco respetuosos, mientras que sus compatriotas de la Montaña eran generalmente “circunspectos”¹⁸⁹.

Hilario Sarasa¹⁹⁰ sólo se ocupó de los navarros de la Montaña, pero su descripción no carece de interés para nosotros. Sarasa los identifica llanamente con los vascos y los describe valerosos, religiosos y hospitalarios; “por lo común de ingenio

¹⁸⁰ *Ibidem*.

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 819.

¹⁸² *Ibidem*, p. 812.

¹⁸³ *Ibidem*.

¹⁸⁴ *Ibidem*, p. 812.

¹⁸⁵ *Ibidem*.

¹⁸⁶ *Ibidem*, p. 821.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 819.

¹⁸⁸ P. Madrazo, *op. cit.*, p. 225.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p. 219.

¹⁹⁰ H. Sarasa, *op. cit.*, pp. 205 y ss.

claro; y si no lo parecen, consiste en que acostumbrados a hablar el vascuence, no encuentran facilidad para expresarse en castellano”¹⁹¹. Además, continúa,

‘Son pacíficos, dóciles, respetuosos para con la autoridad, y fáciles por consiguiente de ser gobernados. Bondadosos, afables y serviciales. Aseados y limpios; y sino son dados al lujo en sus personas, en sus casas no falta lo necesario en sus respectivas posiciones.’¹⁹²

Viven ‘bastante apegados a sus usos y costumbres’ y son ‘poco amigos de innovaciones’¹⁹³. Visten como antaño y juegan a pelota, al mus y al tute. ‘Los montañeses son reflexivos y astutos. Pobres de imaginación como por lo común sucede con los habitantes de climas fríos y nebulosos’¹⁹⁴. La falta de sol ‘les impide reconcentrarse, impide la distracción de la inteligencia, y hace ver con ojos más claros la verdad. Por esto salen pocos poetas de las montañas, y abundan en cambio los hombres pensadores’¹⁹⁵.

Como la mayor parte de los autores citados, Mariano Pérez Goyena¹⁹⁶ expresa su preferencia por los montañeses sobre los otros navarros. Según afirma,

‘Son [...] por lo general profundamente religiosos, sobrios, amantes del trabajo, dulces y afables en el trato de gentes, hospitalarios para con los extraños, atentos y deferentes para con los de superior categoría, sumamente respetuosos con la autoridad, sumisos y admiradores del párroco, y asiduos asistentes al templo, de modo que parece que respiran religión y piedad en todos los actos de la vida.’¹⁹⁷

Sin embargo. Pérez Goyena deja claro que no desprecia a los habitantes de la zona media y Ribera, puesto que también los reconoce como descendientes de los

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 211.

¹⁹² *Ibidem*.

¹⁹³ *Ibidem*, p. 213.

¹⁹⁴ *Ibidem*.

¹⁹⁵ *Ibidem*, pp. 213-214.

¹⁹⁶ M. Pérez Goyena, *op. cit.*

¹⁹⁷ *Ibidem*, p. 73.

euskaros. Al aldeano lo califica de laborioso, religioso, sensato, honrado y apegado a lo suyo y al ribero de franco, entusiasta, religioso y valeroso¹⁹⁸.

La disparidad entre montañeses y riberos debía ser especialmente dolorosa para quien como Campi3n tratara de caracterizar toda Navarra a partir de los rasgos de una sola de sus zonas. Su actitud ante la variedad interna de la provincia no parece haber sido demasiado consistente. Por un lado no pudo sino reconocer la relevancia de esas diferencias. As3, en la cuarta serie de su *Euskariana*¹⁹⁹ escribi3:

‘El montañ3s y el ribereño, o ‘ribero’, como por aqu3 le llamamos, parecen dos razas, dos pueblos. En vano el *atavismo* trabaja, la *adaptaci3n* triunfa.’²⁰⁰

Para Campi3n el ribero viene a ser un vasco deformado por un clima y una geograf3a extranjeras. En el pasado tanto uno como otra se parec3an m3s a la parte norteña del pa3s, pero hoy una ‘aridez sem3tica proclama la vecindad de Arag3n y Castilla’²⁰¹. A ello se aña3e que, aunque la masa de la poblaci3n es vasca en la Ribera, hay una ‘infiltraci3n de celtas, romanos, godos, 3rabes y jud3os’²⁰². El nuevo clima, m3s caluroso y seco, necesita, seg3n Campi3n, de alimentos diferentes a los tradicionales vascos: pimientos, picantes y vino. Las costumbres se malean, los pueblos son grandes y la estructura social sufre grandes alteraciones, surgiendo ‘una profunda divisi3n de clases, el orgullo de arriba y el resentimiento de abajo’²⁰³. Como consecuencia la delincuencia aumenta y las riñas a navajazos se hacen frecuentes.

‘La cultura euskara toleraba el *makilla*, rara vez homicida. La cultura ultraib3rica ha puesto en manos de nuestros ribereños la cobarde, la villana navaja, el arma favorita de los chulos, tipo soez e innoble que, como una gangrena, se va enseñoreando del tipo espaol.’²⁰⁴

¹⁹⁸ *Ib3dem*.

¹⁹⁹ A. Campi3n, *Euskariana. Cuarta serie, op. cit.*

²⁰⁰ *Ib3dem*, p. 100.

²⁰¹ *Ib3dem*, p. 102.

²⁰² *Ib3dem*, p. 100.

²⁰³ *Ib3dem*, p. 103.

²⁰⁴ Cfr. A. Campi3n, *Consideraciones acerca de la cuesti3n foral, op. cit.*, p. 110.

El retrato que Campión ofrece de los euskaros de la llanura está lleno de claroscuros. Fornidos, comilones, bebedores, trabajadores, dispendiosos, alegres, burlones, exagerados, orgullosos, pendencieros, rebeldes, francos, mal hablados y religiosos. Las virtudes se amalgaman con los defectos. En lo que se ha convertido en un tópico inevitable cada vez que se habla de los riberos, Campión refiere varias anécdotas cómicas que se pretenden reveladoras de su personalidad.

Llevadas a sus últimas consecuencias las impresiones de Campión con respecto al navarro meridional podrían haberle llevado a concebirlo como un hijo pródigo degenerado que había que revasquizar. Aunque es difícil sustraerse a la impresión de que en el fondo lo sintiera así, lo cierto es que Campión simultaneó las anteriores afirmaciones con otras mucho más elogiosas de los ribereños. Éstos, señaló, pueden parecer a primera vista completamente diferentes de los montañeses pero, en realidad, las divergencias son un ‘barniz [...] que no pasa de la piel’²⁰⁵. Como dijo en otro lugar, ‘los navarros de la llanura son baskos escritos en tono mayor’²⁰⁶.

Campión no fue el único autor en explicar las divergencias entre el carácter de montañeses y riberos a partir de las diferencias geográficas y climáticas. A decir de Julio Altadill:

‘El tipo navarro así en lo físico como en lo moral, ofrece los mismos contrastes que la naturaleza; el monte y el llano, el árbol y la espiga, el torrente y la laguna, los fenómenos atmosféricos distintos en la montaña y la ribera han de imprimir condiciones muy distintas también en los habitantes de ambas zonas; ni el *zortcico* encaja en Tudela o en Marcilla, ni la jota en Echalar u Ochagavía; ni las pasiones pueden manifestarse fogosas en Roncal y Salazar, ni la languidez y dulzura pueden manifestarse fogosas en Roncal y Salazar, ni la languidez y dulzura pueden constituir sello local de Lodosa o de Peralta.’²⁰⁷

Altadill cita el elogioso retrato que hizo Campión de la mujer vasconavarra²⁰⁸, pero añade que ‘algunas de estas cualidades [...] no abundan en la zona baja de nuestra

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 99.

²⁰⁶ A. Campión, *Euskariana. Octava serie, op. cit.*, p. 257.

²⁰⁷ J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 595.

²⁰⁸ Cfr. A. Campión, *Euskariana. Algo de historia, op. cit.*, p. 94.

Provincia”²⁰⁹. Su descripción general del ribero es similar a la de su maestro: el navarro del llano es laborioso, tosco, poco ahorrador, franco, bullicioso, “algún tanto ferviente de Baco”²¹⁰, agudo, valiente y religioso. La delincuencia, apunta, es más alta en la parte llana que en el norte.

Varios autores han visto en el sur de Navarra un territorio en disputa con los extraños que colonizan el país. Así, para el nacionalista Leoncio Urabayen la Ribera “es el teatro de una sorda lucha en costumbres y en modos de ser entre Navarra por una parte y Castilla y Aragón por la otra, y en la que éstas últimas parecen llevar la ventaja”²¹¹.

Podría pensarse que el menosprecio hacia los navarros del llano fuera distintivo de los autores nacionalistas. Sin embargo no es así. Por un lado, porque el nacionalismo, que en su fuero interno podía ver en la Ribera el Ulster de Euskal Herria, se ha esforzado por mostrar su vasquidad²¹². Por el otro, porque el navarrismo a menudo ha abundado en la minusvaloración de la parte sur del país.

Una muestra clara de ello es el estudio sobre *La propiedad privada en Navarra*²¹³ del Conde de Rodezno. Éste distinguía dentro de la provincia una montaña “patriarcal”, “forestal y apacible”²¹⁴ y una parte llana seca, “mediterránea y totalmente africana”²¹⁵.

“En el Norte el paisaje europeo y la lluvia, formidable elemento de civilización dulcifica las costumbres, se desenvuelve con cultura el trato social y los pueblos prosperan y se embellecen. En la ribera, el sol, promotor de la barbarie, calcina y endurece los sentimientos y pone una sensación acusadísima de rudeza en el paisaje y en sus naturales.”²¹⁶

El Conde de Rodezno se muestra mucho más tajante que Campión en su caracterización de las distintas zonas de Navarra. Según él:

²⁰⁹ J. Altadill, *Geografía general, op. cit.*, p. 599.

²¹⁰ *Ibidem*.

²¹¹ L. Urabayen, *Una interpretación de las comunicaciones en Navarra, op. cit.*, 14.

²¹² Cfr., por ejemplo, el “Tipo erribero”, en *Amayur*, 23-II-1934, artículo en que se pone a los navarros del sur como prototipos de vasco.

²¹³ El Conde de Rodezno, *La propiedad privada, op. cit.*

²¹⁴ *Ibidem*, p. 5.

²¹⁵ *Ibidem*.

²¹⁶ *Ibidem*, p. 6.

‘Lo evidente es que la montaña y la ribera no tienen ninguna característica en común: la una es europea; la otra, africana. En la montaña se encuentra el vasco con todas sus virtudes y todos sus defectos; en la ribera hay una raza de hombres emprendedores, inteligentes y trabajadores, pero la psicología es beduina, cabileña. Los bandos de oposición irreductible en que generalmente se hallan divididos los pueblos, responden a esto: a su tendencia cabileña.’²¹⁷

Aunque la opinión de Rodezno destaca por su dureza, la posposición de los habitantes del llano es común a otros autores navarristas. Así Julio Gúrpide, al examinar las cualidades morales de los navarros, destaca que ‘en esto, la montaña aventaja a la ribera’²¹⁸. En contraste con quienes han aludido a la pobreza y mal clima de la parte sur, Gúrpide achaca la superioridad moral de la Montaña precisamente a su mal clima y su pobreza, ‘que hace del montañés ahorrador y reflexivo, en oposición al ribero, espontáneo y pródigo’²¹⁹. Bien es cierto que punto y seguido puntualiza:

‘Pero unos y otros, laboriosos y honrados, tenaces, obedientes y valerosos, son apreciados en países extraños por sus virtudes.’²²⁰

El tudelano José M^a Iribarren pasa por ser uno de los grandes divulgadores del tipo ribero. Con todo, algunos de sus textos expresan cierta proximidad con quienes han visto en los navarros del llano un residuo africano.

‘Nada más diferente en físico y en raza que un sonrosado y vasco montañés y un atezado y árabe ribero. Y nada más distinto del genio abierto y franco, jactancioso y violento de un hortelano de Tudela o de Viana, que el carácter oscuro y reservado, suspicaz y prudente de un cashero de Arizcun o un aldeano de la Cuenca de Iruña.’²²¹

²¹⁷ *Ibidem*. No es la única ocasión en la que el político tradicionalista llamó cabileños a los navarros del llano. Cfr. Conde de Rodezno, *Carlos VII, duque de Madrid*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929, p. 213. ‘Aquellos hombres cabileños, mediterráneos y sarracenos como todos los riberos de Navarra [...]’

²¹⁸ J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, *op. cit.*, p. 73.

²¹⁹ *Ibidem*.

²²⁰ *Ibidem*.

²²¹ José M^a Iribarren, *Cajón de Sastre. Saldo de retales*, Ed. Gómez, Pamplona, 1955, p. 119. Cfr. José Javier Uranga, ‘El paisaje impresionante de la Bardena’, en *Pregón*, n^o 24, 1950: ‘Caparroso ya es africano, en sus cuevas, en su población, en su aspecto todo’.

En otro texto, escrito en 1965, el propio Iribarren Rodríguez afirmaba:

‘Los montañeses, de lengua vascongada, son aseados, prudentes, económicos, de pocas palabras, reservados e incluso suspicaces. Los riberos, por el contrario, son toscos y locuaces, de carácter abierto y jovial, francos e irrespetuosos [...], imprevisores y fanfarrones, de carácter impulsivo y violento, de genio belicoso y peleón.’²²²

Aunque otras de sus descripciones se alejan de estas comparaciones, el ribero aparece continuamente en su obra como un personaje cómico, fuente de anécdotas y motivo de burla por su forma de hablar, sus ocurrencias y su incultura. “Apocadores, decidores, graciosos y bromistas, agudos en el dicho y repentinos en la réplica; así son los de la Ribera”²²³.

Con frecuencia la depreciación del navarro del sur ha adoptado un carácter más velado. Pérez Ilzarbe, por ejemplo, después de identificar a vascones, vascos y montañeses, admite que el ribero

‘[...] efectivamente, no encaja dentro de las cualidades físicas del vasco o montañés, pero en lo moral es también de gran reciedumbre religiosa y fiel a la palabra dada; más vehemente y quizá menos reflexivo que el montañés; obra más impulsivamente y sufre mayores decepciones cuando la realidad le dice que el corazón le ha engañado.’²²⁴

Aunque más ocasionalmente, el aldeano, el habitante de la imprecisa zona media, ha sido también objeto de menosprecio. Según una “observación puramente médica”²²⁵ de Víctor Juaristi, la Cuenca de Pamplona, que actúa de “zona de fusión” entre riberos y montañeses, se encuentra poblada por hombres físicamente degenerados respecto a los demás navarros. A esta teoría y a las duras apreciaciones de Sanz y

²²² José M^a Iribarren, *Espoz y Mina. El guerrillero*, Aguilar, Madrid, 1965, p. 23.

²²³ José M^a Iribarren, *Retablo de curiosidades. zambullida en el alma popular*, Imp. del Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1940, p. 90.

²²⁴ D. Pérez-Ilzarbe, *op. cit.*, p. 4.

²²⁵ V. Juaristi, “Los hombres de Navarra”, en Gurrea, *op. cit.*

Baeza, anteriormente citadas, hay que añadir la descripción de Manuel Iribarren²²⁶. Según éste:

‘Los aldeanos de la cuenca [...] se hacen los lerdos, pero se pasan de avisados. Imitan sus mañas -las de la capital vecina-, aunque sin asimilar apenas sus virtudes.’²²⁷

Iribarren Paternáin se mostró algo más amable con los riberos, aunque los diferenció “considerablemente de los otros navarros”²²⁸, tanto en lo físico como en lo psicológico y, dada su condición mestiza, les negó un tipo físico definido. Respecto a su carácter, afirmó:

‘El ribero es fibroso, corajudo, pasional, muy resistente para el trabajo, burlón, excitable, altivo, franco y alegre, dadivoso de lo propio y de lo ajeno, espléndido hasta el despilfarro, jugador, corto de talla, pero largo de nervio, agudo de palabra, rápido de entendimiento, quizás un poco voceras y algo fanfarrón, descarado y con majeza retadora en el porte.’²²⁹

Iribarren reservó sus preferencias para los habitantes de la parte norte de Navarra:

‘El montañés se caracteriza por prudente, ahorrativo, previsor, discreto y reservado. Humilde y señorial al mismo tiempo [...] insobornable espíritu de independencia [...] no rehuye la guerra [...] pero es pacífico por sentimiento natural.’²³⁰

²²⁶ M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*

²²⁷ *Ibidem*, p. 59. Eladio Esparza también parece haber sentido cierto desprecio hacia la zona media. Así en su novela *Nere* (Ed. Mentora, Barcelona, 1928, p. 102), cuando describe el paisaje de Navarra dice de ella: ‘no es extensa como la ribera, ni bonita como la montaña. Es la tierra de transición, incolora, vaga, fluctuante. Hay árboles vergonzosos y llanuras tímidas. Por no tener nada concreto, no tiene ni ideología. Hablan un ‘patois’ que es es oprobio de la lengua de Cervantes.’ Hay que advertir que Iribarren no extendía sus críticas a todos los habitantes de la zona media. Hecha la salvedad de los aldeanos dice que es gente ‘viva de genio, hospitalaria, emprendedora, muy devota y con un sentido utilitario de la vida’ (M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 59.)

²²⁸ *Ibidem*, p. 61.

²²⁹ *Ibidem*, p. 62.

²³⁰ *Ibidem*, p. 57.

Hay que subrayar que, pese a esta caracterización, Iribarren observa dentro del montañés dos subtipos opuestos: uno sedentario, tímido, cristiano e idealista y otro trotamundos, audaz, pagano y epicúreo. De hecho, Iribarren fragmentó internamente las tradicionales divisiones de Navarra. Así distinguió al baztanés del nativo del Pirineo agreste, al bardenero del de la Mejana. A diferencia de lo que pudo hacer Campión, Iribarren no enfrentó las montañas a la llanura sino que se sumó a quienes hicieron de la diversidad navarra una metáfora de España. Ello no obsta para que sus descripciones de las partes norteñas fuera mucho más amable que las de la Ribera, donde ‘lo típico desaparece poco a poco, desplazado por lo universal’²³¹.

Ocasionalmente, algunos escritores han mostrado su preocupación por las hondas diferencias internas de Navarra. Así, el fustiñanés Esteban y Chavarría reconoce que, aunque Montaña y Ribera ‘ponen una muralla inexpugnable a los enemigos de la Religión, de la Patria y de los Fueros’²³², lo cierto es que sus formas de ser tienen muy poco que ver.

‘Los montañeses son reservados, calculadores, ahorrativos, circunspectos y de costumbres morigeradas; mientras que los riberos o ribereños son bulliciosos, gastadores y amigos de la francachela, del juego, y algunas veces hasta del derroche, aunque muy hacenderos y honrados.’²³³

‘Con tales diferencias’, continúa, ‘no es extraño que la Montaña y la Ribera tengan gustos y aspiraciones distintas y aun contrarias’²³⁴. Mientras los montañeses miran a Pamplona, los riberos tienen como capital de hecho a Zaragoza.

‘Este acercamiento de nuestra Ribera a Zaragoza no supone su *aragonesización* (valga la palabra), como creen muchos de Pamplona y no pocos de Zaragoza; pero indudablemente es un peligro para su *desnavarrización*, peligro que debe evitarse.’²³⁵

²³¹ *Ibidem*.

²³² Juan P. Esteban y Chavarría, ‘La Montaña y la Ribera de Navarra’, en *La Avalanche*, nº 860, 1931, p. 24.

²³³ *Ibidem*.

²³⁴ *Ibidem*.

²³⁵ *Ibidem*. *Cursivas originales*.

Para compensar la falta creciente de homogeneidad interna, Esteban y Chavarría propone impulsar campañas de prensa que acerquen las dos partes del país, haciendo que “desaparezcan las diferencias”²³⁶ y se remedie la “incomprensión mutua”²³⁷. Porque, en efecto, “la Montaña y la Ribera viven cada vez más separadas”²³⁸.

Frente a esta opinión, otros autores han minimizado la distancia entre las partes montañosa y llana de Navarra. Según José Ramón Castro, por ejemplo, ambas zonas guardan una “ semejanza esencial”²³⁹. En ellas se observa la misma religiosidad, la misma moralidad, las mismas buenas costumbres e incluso “la misma semejanza también en los bailes y danzas populares”²⁴⁰. En definitiva, concluye, “las diferencias son meramente accidentales e impuestas por el ambiente geográfico”²⁴¹.

Otros autores, sin minimizar las disparidades entre montañeses y riberos, han sabido describirlas sin expresar ninguna tensión. Especialmente durante el franquismo la pluralidad interna de Navarra comienza a ser presentada en términos apacibles. Miguel Ángel Astiz y Dolores Baleztena, por ejemplo, describen el modo de ser de todas las zonas de la provincia a través de sus procesiones y peregrinaciones. Quedémonos sólo con dos retratos extremos: el del montañés y el del ribero.

‘Estos montañeses buenos, adustos, sencillos, paz todas sus palabras y sus gestos, olvidan su medida e incitados por la devoción, muestran ahora el torrente fervoroso que esconde su alma’²⁴²

‘El hombre ribero al que se pinta en dos palabras con la jota, el grito y la risa, encubre quizá con este carácter despreocupado un mundo interior al que llegan como a los valles rodeados de montañas, más fuertemente que en ningún otro sitio los pisotones de las penas y la lluvia de los amores. Es su ruralismo una coraza con la que defienden su alma de intromisiones extrañas. [...] estos hombres de mirar casi jactancioso, genio pronto y vivo, trabajadores incansables, amigos del bien comer y bien beber, derrochones cuando viene a pelo, dejan en ciertos momentos el resquicio de pequeños detalles por los que se entrevé su alma.

²³⁶ *Ibidem*, p. 25.

²³⁷ *Ibidem*, p. 24.

²³⁸ *Ibidem*, p. 25.

²³⁹ J. R. Castro, “Prólogo”, en Santos de Tudela, *op. cit.*, p. XI.

²⁴⁰ *Ibidem*.

²⁴¹ *Ibidem*.

²⁴² D. Baleztena, M. A. Astiz, *op. cit.*, p. 11.

Pacíficos y ejemplares en la paz, valientes hasta la inconsciencia en la guerra, no soldados pero si voluntarios, resulta esto una extraña paradoja para quien no haya llegado a comprenderlos.”²⁴³

Es interesante ver que, eventualmente, la disparidad de caracteres entre cada zona de Navarra llega a disolver toda identidad genuina. Para Pedro Madoz, seguido en este punto por Ramírez Arcas, Madrazo y Mañé, los navarros de la Ribera ‘se parecen mucho a los de las provincias vecinas, al paso que los de la Montaña a los guipuzcoanos y rayanos franceses’²⁴⁴. Ahora bien: si los navarros de cada parte se parecen a sus respectivos vecinos, ¿qué tienen de propio, de peculiar y distintivo? La misma e inquietante duda sugieren las afirmaciones de Dionisio de Ibarlucea en 1886: ‘El carácter de los montañeses se parece mucho al de los habitantes de las provincias cercanas’²⁴⁵; los riberos, por contra, se asemejan a ‘los aragoneses y riojanos’²⁴⁶.

Otras divisiones, sin asimilar a los navarros a sus vecinos, dejan también en entredicho la integridad de un modo de ser propio de Navarra. Entre las tipologías más llamativas a este respecto está la de Marcelo Núñez de Cepeda. Éste, aunque subraya que Navarra tiene ‘una destacada e inconfundible personalidad’²⁴⁷, afirma un poco más adelante:

‘Las tres regiones bien determinadas que constituyen la Navarra de hoy, o sean [sic] montaña, cuenca o centro y ribera, estaban habitadas, respectivamente, por vascos, pamploneses y navarros (éstos solamente en tierras de Estella).’²⁴⁸

A continuación, y para terminar de complicar las cosas, informa que ‘en un documento del siglo XII hecho por unos vecinos de Peralta, se cita a dos personas que fueron a Peralta desde Navarra’, concluyendo que ‘entonces la Ribera no era Navarra’²⁴⁹.

²⁴³ *Ibidem*, p. 46.

²⁴⁴ P. Madoz, *op. cit.*, p. 221.

²⁴⁵ D. Ibarlucea, *Compendio, op. cit.*, p. 15.

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 16. Ibarlucea habla de una zona intermedia, que en principio podría servir de cantera a un carácter específicamente navarro. Sin embargo afirma que éstos se parecen bien a los montañeses, bien a los riberos, ‘según habiten pueblos más o menos próximos a una u otra zona’ (*Ibidem*, p. 17).

²⁴⁷ M. Núñez de Cepeda, *Guía, op. cit.*, p. 5.

²⁴⁸ *Ibidem*, p. 24.

²⁴⁹ *Ibidem*.

En la mayor parte de las descripciones de los arquetipos de cada zona se observa una clara predominancia del tipo montañés sobre el ribero y el aldeano. A las citas anteriores cabe añadir que los montañeses con bastante frecuencia son identificados con los vascos y los vascones, e incluso en ocasiones con los navarros. Si bien estas identificaciones suelen referirse a períodos de la antigüedad o al principio de la Edad Media, lo cierto es que, en la medida que la fuente de la identidad colectiva se sitúa en esas fechas, ello otorga a los habitantes de la montaña un claro predominio sobre sus paisanos del sur. En definitiva, los montañeses heredan de forma más directa el modo de ser de los antepasados²⁵⁰, mientras que los riberos constituyen veladamente para muchos muestras del resultado perverso del comercio con el Extraño. Podemos pensar que el fracaso del vasquismo en Navarra y, muy particularmente, el fracaso del nacionalismo vasco, deriva de su incapacidad para articular una interpretación verosímil del carácter vasco de la Ribera.

Dado el menosprecio, más o menos abierto, de los habitantes del sur de Navarra respecto a los de la Montaña, no puede extrañar que algunos autores oriundos de aquella parte del país hayan procurado una reivindicación de los mismos. El tudelano Francisco Salinas proclama que ‘la Ribera es tan navarra como la mismísima Montaña’²⁵¹. Su protesta viene motivada porque ‘no podía admitir sin disgusto que a nosotros los de la Ribera se nos reconociera nuestra carta de naturaleza navarra un poco a regañadientes’²⁵². Otro ribero, Pedro García Merino, se queja porque la Ribera, la ‘Andalucía de Navarra’, haya sido tan mal comprendida ‘por muchos literatos que no han sabido ver en ella más que calor, polvo y rudeza’²⁵³. Francisco Escribano, abilitense, escribe acerca de la Mejana: ‘Las esencias primigenias del viejo Reino se encuentran aquí’²⁵⁴. Para Victoriano Bordonaba, por último, ‘el ribereño es alegre y sincero, fiel hasta la muerte y no entiende de traiciones’²⁵⁵.

Es importante tener en cuenta que las fronteras entre Montaña, Ribera y la eventual zona media han estado muy poco claras. A menudo nuestros autores han

²⁵⁰ Cfr. J. Gúrpide, *Geografía e Historia*, op. cit., p. 101. Los montañeses, dice, ‘conservan sus rasgos característicos, descendientes de aquellos primitivos vascones’.

²⁵¹ F. Salinas, ‘Navarra limita al este con las provincias de Huesca y Zaragoza’, en *Temas de Derecho Foral*, op. cit., p. 172.

²⁵² *Ibidem*.

²⁵³ Pedro García Merino, ‘Una excursión por la Ribera’, en *Pregón*, nº 63, 1960.

²⁵⁴ Francisco Escribano Zardoya, *La Ribera de Navarra*, TCP, Gobierno de Navarra, Pamplona, p. 5.

²⁵⁵ Victoriano Bordonaba Castell-Ruiz, *Expresiones del alma popular*, TCP, Gobierno de Navarra, Pamplona, p. 3.

incluido en la Montaña localidades que hoy se situarían en la Ribera. Por otro lado, la zona media no aparece sino en algunas ocasiones y cuando lo hace ocupa una franja de terreno mucho más estrecha de lo que hoy es habitual. Así, Mañé divide la Montaña de la Ribera por una línea imaginaria que uniría Sangüesa-Tafalla-Puente la Reina-Estella²⁵⁶. Para Altadill los límites de la Montaña están formados por las localidades de Espronceda, Estella, Viguria, Tiebas, Liédena y Yesa; mientras que los de la zona media lo están por las de Bargota, Lazagurría, Mañeru, Pueyo y Gallipienzo²⁵⁷. Iribarren Rodríguez fija las fronteras de la Montaña en Leyre, Lumbier, Monreal, Puente, Estella y Condes. Por su parte, Viana, Larraga, Tafalla y Ujué marcarían el final de la zona media²⁵⁸. Otros, como Casas Torres y Galdeano, sitúan a la Barranca y la Burunda en la zona media²⁵⁹. El Conde de Rodezno, por el contrario, pone como divisoria Montaña-Ribera la línea Sangüesa-Viana²⁶⁰. Por último, el mapa ofrecido por *El Pensamiento Navarro* en 1980 ensancha la zona media en detrimento de la Ribera y sobre todo de la Montaña, que pierde muchas localidades²⁶¹.

¿El genio de los navarros?

“¿Qué puntos de continuidad histórica vinculan a la Navarra de hoy con la de ayer? [...] yo creo que los navarros natos y netos, con sus características individuales bien acusadas, son racial y psicológicamente los mismos ahora que en la época de Teodosio de Goñi. Como son los mismos en su forma y substancia los árboles que pueblan actualmente la selva del Irati que los que allí crecían en los míticos tiempos del Basa-jaun. Pese a talas, vendavales, rayos e incendios.”²⁶²

Manuel Iribarren.

²⁵⁶ J. Mañé y Flaquer, *op. cit.*, p. 20.

²⁵⁷ J. Altadill, *Geografía, op. cit.*, pp. 290-291.

²⁵⁸ José M^a Iribarren, *Espoz y Mina. pp. cit.*, p. 20.

²⁵⁹ J. M. Casas Torres, *op. cit.* C. Galdeano, *Mio Jurra, op. cit.*, p. 8.

²⁶⁰ Conde de Rodezno, *La propiedad privada, op. cit.*, p. 5.

²⁶¹ Cfr. *E. P. N.*, 3-I-1980, p. 2

²⁶² M. Iribarren, *Navarra, op. cit.*, p. 24.

Las páginas precedentes nos han ofrecido un buen número de descripciones del modo de ser de los navarros, tanto desde un punto de vista general como del de sus variedades internas.

Llama la atención la existencia de algunas afinidades entre varias de ellas. Una parte importante de estas similitudes parecen tener origen no tanto en una coincidencia de impresiones como en la influencia literaria, es decir, en la lectura de unas mismas fuentes y la elaboración de nuevos textos en base a ellas. Así, hemos podido ver cómo el *Diccionario* de 1802 y el *Diccionario* de Madoz servían de base a las descripciones de Ramírez Arcas, Madrazo, Mañé, etc. A su vez Campión se habría servido de Madrazo, el *Diccionario*, Vinson, etc. No siempre es fácil determinar las direcciones de lectura e influencia. En cualquier caso lo fundamental es comprender que los escritores se han copiado unos a otros para describir a vascos y navarros, habitualmente comprendiéndolos como partes de un mismo colectivo.

Más allá de esas coincidencias, llama más poderosamente la atención la existencia de algunas disparidades de importancia. Muchos de nuestros textos llaman a los vasconavarros “circunspectos”, pero en el siglo XVI los vascos llevan fama de bulliciosos²⁶³. Unos autores destacan la fiereza como una constante del carácter local, mientras otros señalan un talante pacífico e incluso abúlico. Vinson y Madrazo coinciden en la extremada viveza de la imaginación de los vascos, mientras que para muchos otros, como Campión y Gallop, su imaginación es muy escasa. Por último hay autores que remarcan la alta tasa de criminalidad de la provincia, mientras otros subrayan su incondicional respeto a la autoridad.

Estas diferencias, con ser importantes constituyen una dificultad menor a la hora de caracterizar el genio de los naturales si se compara con el escollo de la diversidad interna.

La mayor parte de los autores ha reconocido las grandes diferencias existentes entre navarros de las montañas y del llano. Sólo algunos han distinguido una zona media y, como hemos visto, ni su extensión ni las de las otras zonas ha estado clara. En cualquier caso se observa un manifiesto predominio del norte sobre el sur. Los montañeses reúnen la mayor parte de las virtudes, o simplemente son identificados con el modo de ser típicamente navarro, mientras que la zona media y especialmente la

²⁶³ Cfr. M. Herrero, *op. cit.*

Ribera han sido a menudo reputadas como zonas en las que lo castizo había retrocedido ante lo foráneo. Si comparamos las descripciones generales de los navarros con los rasgos típicos atribuidos a los nativos del sur, parece que éstos han heredado muchos de los defectos característicos del colectivo -pendencieros, bulliciosos, poco sobrios, jugadores-, recibiendo sólo algunos de los caracteres positivos -franqueza, alegría-. Conviene avisar que, pese a la insistencia de muchos autores en la jovialidad de los riberos, otros autores observaron precisamente lo contrario. Así Cénac-Montaut, un viajero francés del XIX, encontró Tudela lúgubre y triste²⁶⁴.

Pero ni siquiera los montañeses aparecen con un carácter unitario. Algunos los reputan fieros y otros pacíficos. Iribarren hablaba de dos tipos contrapuestos en la Montaña y Estornés afirma la existencia en Roncal de dos tipos humanos: el vasco (“de inteligencia algo perezosa, el genio más bien corto y tardos de lengua”²⁶⁵) y el vascón (ágil, vivo, inteligente y altivo²⁶⁶).

La existencia de, al menos, dos formas de ser diferentes en Navarra es más trascendente de lo que parece a primera vista. En cierto modo pone de relieve la dificultad de hablar del ser navarro (y consiguientemente de Navarra como pueblo) de una manera consistente, más allá de su realidad jurídico-institucional.

Esa alteridad norte-sur sólo “pone de relieve” la dificultad de sentirse navarro y no la causa porque, de hecho, el problema de la identidad permanecería aunque Navarra fuese geográfica y étnicamente uniforme. La unión de individuos desconocidos entre sí y separados cronológicamente sólo podría argumentarse en función de su pertenencia a una cultura homogénea y aislada del devenir histórico. El conocimiento de las tradiciones culturales del norte de España nos desmiente este supuesto²⁶⁷.

Puesta en cuestión la existencia de una forma de ser navarra, de unos atributos que den contenido a la navaridad, el tema de si los navarros son o no vascos pierde mucha importancia. Porque, en efecto, no se trata de si los navarros se parecen, distinguen o identifican con los vascongados, sino si los propios vascos y los navarros se identifican con sus contemporáneos y con sus antepasados. Como parcialmente expresa Iribarren en la cita que encabeza este epígrafe, la pregunta por la identidad se refiere esencialmente a un problema de vínculos. A saber: qué une a las generaciones a

²⁶⁴ Cfr. J. M. Iribarren, *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, op. cit., p. 218.

²⁶⁵ B. Estornés, *Erronkari*, op. cit., pp. 71-72.

²⁶⁶ *Ibidem*.

²⁶⁷ Cfr. J. Caro Baroja, *Los vascos*, op. cit.

lo largo de los siglos, qué une a los individuos a lo largo de las clases sociales, la psicología individual, etc.; qué une a los habitantes de regiones etnográfica y geográficamente muy diferentes. Después de haber asistido al desfile de citas de los epígrafes precedentes el lector juzgará hasta qué punto la rotunda respuesta de Iribarren le resulta satisfactoria.

Si partimos de una teoría pragmática del significado, esto es, de una teoría que defina los significados de las palabras no por su referencia a trascendentes inmóviles, sino por el uso que hacen de ellos los hablantes, comprenderemos que “vasco” y “navarro” han sido palabras de significado variable e impreciso. Algunos autores han llamado a los navarros vascongados, otros les han llamado simplemente vascos, otros han hablado de vasconavarros y otros han separado a vascos y navarros. No pocos han reservado el término vasco o vascongado para los navarros de la Montaña. Tampoco faltan quienes han tenido a los navarros como riojanos²⁶⁸ y, viceversa, a los riojanos como navarros²⁶⁹.

Hay que advertir que a menudo los autores no demuestran tener un criterio constante. Es relativamente frecuente que, por ejemplo, una misma firma rubrique un texto donde se identifica a vascos y navarros y otro escrito donde se los diferencia. Sólo los nacionalistas suelen mostrarse especialmente puntillosos con los patronímicos.

En definitiva, la justificación de cualquiera de aquellas identificaciones es problemática, por la sencilla razón que la exposición de qué se entiende por navarro, vasco, vascongado y riojano es absolutamente problemática.

¿Hasta qué punto esta diversidad de descripciones del modo de ser de los navarros encaja con lo expuesto en los anteriores capítulos? A lo largo de nuestro itinerario hemos empleado como referentes dos conjuntos de conceptos. Por un lado las ideologías euskara, nacionalista y navarrista, y por otro las tramas del *saltus* y el *ager*.

En lo que atañe al primer grupo hay que constatar cómo las ideologías no consiguen discernir adecuadamente entre la multitud de rasgos atribuidos a los vasconavarros. Las páginas precedentes han vuelto a mostrar cómo autores euskaros, nacionalistas y navarristas pueden tanto coincidir entre ellos como realizar afirmaciones disonantes con el resto de su discurso. Así pues, no se trata de que el nacionalismo haya elaborado un modelo de ser navarro, los euskaros otro, etc. Lo mismo sucede con el tratamiento otorgado a montañeses y riberos. En este sentido, la variedad subyacente a

²⁶⁸ Cfr. Marqués de Dosfuentes, “Los vascos”, *Por Esos Mundos*, nº 192, 1911, p. 68.

las diversas caracterizaciones del genio local es irreductible a la tríada euskaros-navarrismo-nacionalismo.

Las tramas del *saltus* y el *ager Vasconum* ofrecen mejores perspectivas analíticas. Si las hemos tomado como principal referente y situado al navarrismo, nacionalismo y euskarismo en un lugar secundario respecto a ellas es precisamente porque necesitábamos erigir unos modelos más puros, que se situarán más allá de la producción concreta de los diferentes autores.

Tomados aisladamente muchos de los rasgos atribuidos a los navarros que han aparecido encajan con bastante facilidad dentro del esquema de las tramas. Así sucede con su individualismo, fiereza, tendencia al aislamiento, gravedad, etc., atributos que les acercan al *saltus*. Por contra su hospitalidad, sumisión, pasividad, afabilidad, etc., parecen remitirlos al *ager*. En su lugar se insistió en que las tramas tenían capacidad para entremezclarse dentro de un mismo texto, así que la presencia de rasgos propios del *saltus* y del *ager* dentro de la misma caracterización no constituye en absoluto una objeción.

Las diferencias internas entre las diversas zonas de Navarra permiten también una aproximación según los modelos del *saltus* y el *ager*. Habitualmente los montañeses constituyen ejemplares puros de la raza. La Ribera, por el contrario, aparece como un territorio bastardo, ya asimilado al Extraño. La zona media, por último, permanece indecisa entre su parecido a la Montaña y a la Ribera.

En definitiva, algunos de los rasgos observados parecen comprensibles desde el esquema de las tramas. Ahora bien, es manifiesto que otros elementos se escapan a ellas. En concreto atributos como la gula, la limpieza, la laboriosidad y la franqueza, resultan difícilmente asimilables a las tramas. En rigor, no parece posible remitirlos ni al *saltus* ni al *ager*. ¿Cómo explicar su presencia? Proponemos varias respuestas.

La influencia literaria, de la que hemos visto algunos casos, ofrece una primera explicación. Los autores se han copiado unos a otros, citando a menudo un diccionario de principios del XIX. Hemos remarcado que las tramas responden a un período de tiempo posterior. Acaso muchos de esos rasgos irreductibles a ellas sean residuos tomados de esas épocas anteriores.

Una segunda explicación, compatible con la anterior, es que se trate de atributos periféricos. Tal vez haya que ver en muchas de las caracterizaciones un mero lugar

²⁶⁹ Cfr. S. Olave, *Reseña histórica*, op. cit., p. 25.

común de escasa importancia ideológica. Así por ejemplo, que algunos autores hayan atribuido a los navarros falta de imaginación o de espíritu deportivo no dejaría de ser algo irrelevante. Los verdaderos retratos de la colectividad se darían no tanto en las descripciones explícitas como en los relatos sobre los orígenes, la guerra, etc.

Una tercera explicación, compatible con la primera, incidiría en la simultaneidad de varias ideologías dentro una misma obra. La de Iturralde, por ejemplo, pertenece al mismo tiempo al ideario euskaro, el pensamiento reaccionario español, el romanticismo europeo católico, etc. Las tramas sólo interpretan parte de esos contenidos, pero no pueden dar cuenta de todos. Los atributos citados formarían parte de esa franja no abordable por las tramas.

De una u otra manera las tres explicaciones ponen de relieve los límites hermeneúticos del dúo *saltus-ager*. Constatar esta finitud no debe suponer su depreciación. Como escribe Mosterín²⁷⁰, ninguna red nos servirá para atrapar todos los peces. Basta con que nos ayude a capturar algunos sabrosos.

²⁷⁰ Jesús Mosterín, *Conceptos y teorías en la ciencia*, Alianza, Madrid, 1987, pp. 173-174.